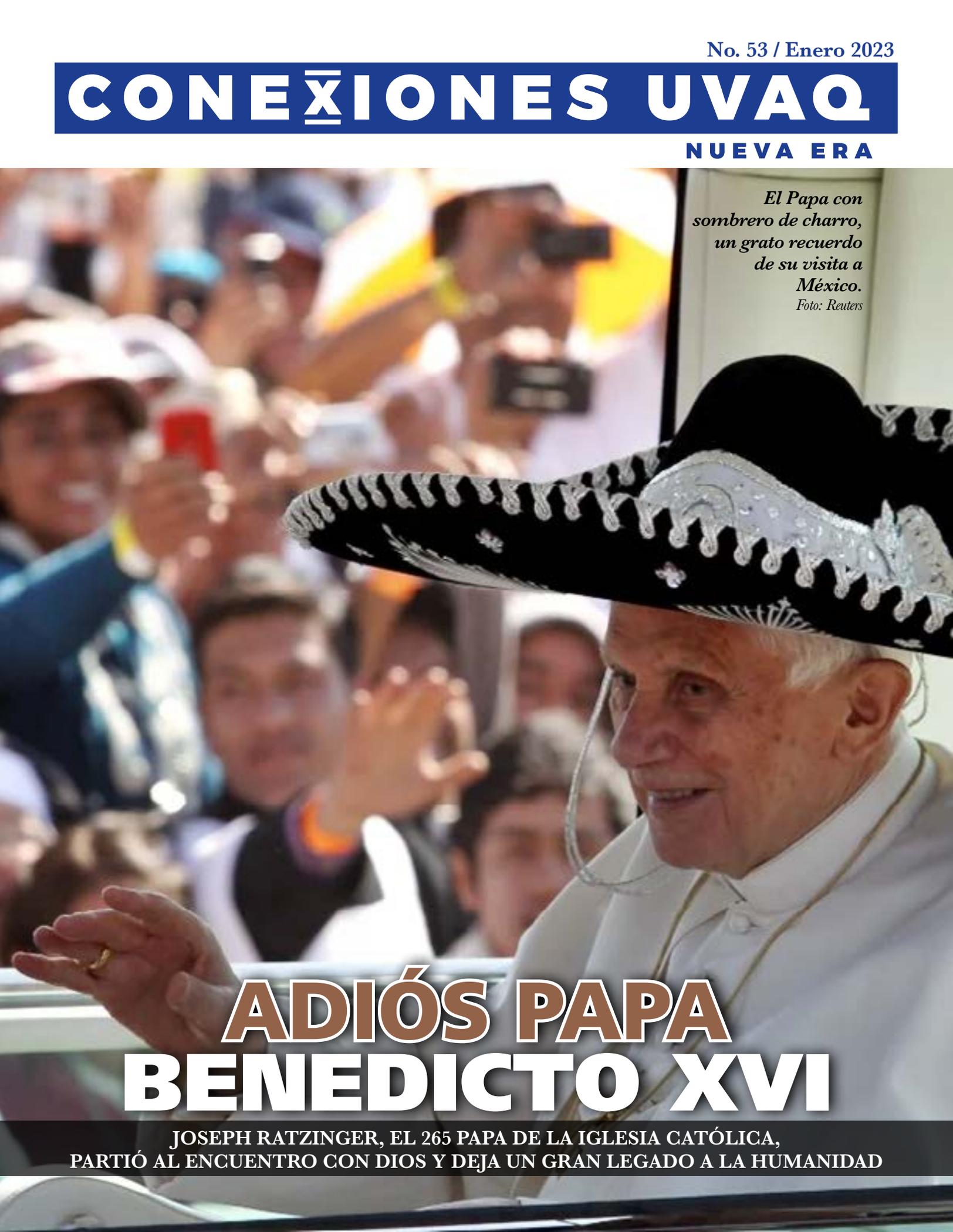


*El Papa con sombrero de charro, un grato recuerdo de su visita a México.
Foto: Reuters*

A photograph of Pope Benedict XVI wearing a black charro hat with silver embroidery, smiling and waving to a crowd. The background is a blurred crowd of people, some holding cameras.

ADIÓS PAPA BENEDICTO XVI

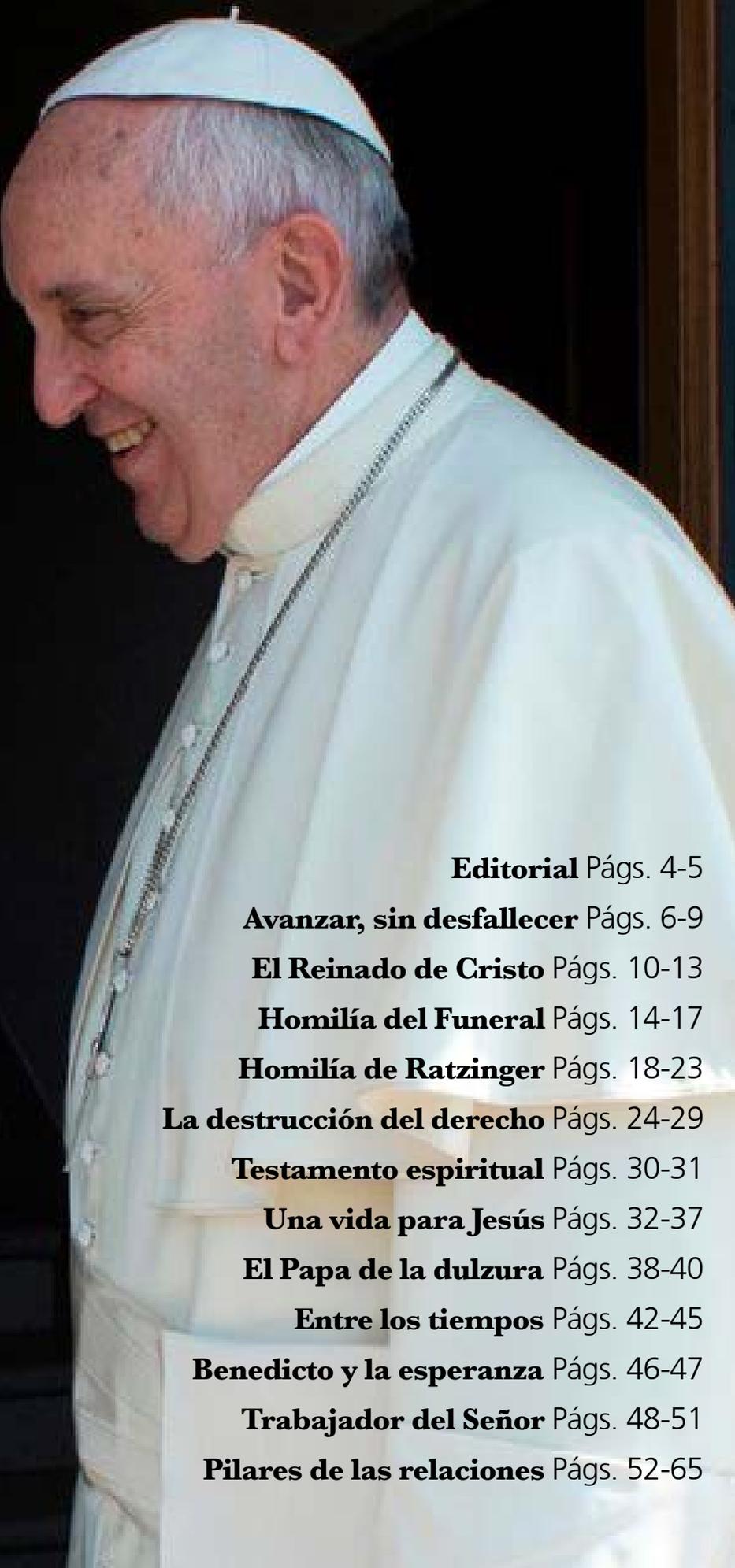
JOSEPH RATZINGER, EL 265 PAPA DE LA IGLESIA CATÓLICA,
PARTIÓ AL ENCUENTRO CON DIOS Y DEJA UN GRAN LEGADO A LA HUMANIDAD

CONEXIONES



El Papa Francisco expresa su "enorme gratitud" a Ratzinger y lo recuerda como una persona "amable y noble"

Foto: AP



Editorial	Págs. 4-5
Avanzar, sin desfallecer	Págs. 6-9
El Reinado de Cristo	Págs. 10-13
Homilía del Funeral	Págs. 14-17
Homilía de Ratzinger	Págs. 18-23
La destrucción del derecho	Págs. 24-29
Testamento espiritual	Págs. 30-31
Una vida para Jesús	Págs. 32-37
El Papa de la dulzura	Págs. 38-40
Entre los tiempos	Págs. 42-45
Benedicto y la esperanza	Págs. 46-47
Trabajador del Señor	Págs. 48-51
Pilares de las relaciones	Págs. 52-65



Mtro. José Antonio Herrera J.
Rector

Mtro. Raúl Martínez R.
Rector General

Mtra. Susana García Ramírez
Secretaria Académica

C.P. María Inés Pérez A.
Sec. Administrativa General

Mtra. Lydía Nava
Sec. Administrativa Santa María



Mtro. José de Jesús Castellanos López
Director

LCC Pedro A. García Escamilla
Edición y diseño

MCES Ma. Pilar Castro Frago
Supervisión

UVAQ
Campus Santa María
Av. Juan Pablo II, No. 555
Col. Santa María de Guido
C.P. 58090
Morelia, Michoacán, México.

Los artículos publicados no necesariamente expresan la filosofía y pensamiento de la Universidad; son responsabilidad de los autores.

Enero 2023
www.uvaq.edu.mx

COMO CRISTO, BENEDICTO XVI FUE SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Al cierre del año 2022, cuando muchos estaban distraídos, festejando el arribo de un nuevo año, se apagó la luz de quien con su vida diera luz a la Iglesia: el Papa Emérito Benedicto XVI. Su partida fue serena, con una sencilla exclamación: “Señor te amo”. De sus mismos labios se expresaba lo que había sido toda su vida, el amor a Dios y su servicio como sacerdote, obispo, cardenal y papa. Y en el servicio a Dios, lo había hecho a la Iglesia y en ella a todos los que la integramos e, incluso, en amor a los hombres a quienes buscó servir en la Caridad y la Verdad.

Como hombre de estudio se destacó como intelectual, teólogo y maestro universitario. Sus enseñanzas quedan plasmadas en sus libros y en su magisterio. Entre sus diversos servicios a la Verdad, destaca su labor al frente de la Congregación de la Doctrina de la Fe, a la que fue llamado por San Juan Pablo II y con quien colaboró estrechamente. Con ese saber acumulado y con el servicio a la Cabeza de la Iglesia, tuvo una clara visión del momento en que vivía la Iglesia al momento del Cónclave en que sería elegido como Papa, y que lo delineó en su homilía en la Misa Pro Eligendo Romano Pontificio, en la cual

pedía a la Iglesia la elección de “un Pastor según su corazón, un Pastor que nos guíe al conocimiento de Cristo. , a su amor y a la verdadera alegría.” (Ver texto completo en este número).

El entonces Cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio, manifestaba que se vivían tiempos difíciles de relativismo, y recordaba que quienes tienen una fe madura no se dejan conducir por las modas, sino que son fieles a las enseñanzas de Cristo. Y ya como Papa, como lo había hecho en la Congregación para la Doctrina de la Fe, su magisterio se ciñó en la fidelidad a la Fe, lo hizo con Caridad y nos alentó con la Esperanza.

La claridad y firmeza con que actuó y enseñó Benedicto XVI le granjeó enemistades dentro y fuera de la Iglesia. Los calificativos contra su persona buscaban desacreditarlo y proyectar una imagen falsa de su persona y de su talante. Calificarlo como “Panzer Cardinal”, asociándolo a la dureza del Ejército Alemán durante la II Guerra Mundial, e incluso afirmar que sirvió al nazismo, cuando repudiaba sus principios, eran calumnias. Muestra de su clara visión del mundo nazi y de lo

“

Benedicto XVI tenía clara la enseñanza del Concilio Vaticano II y el camino que se abría en la ‘hermenéutica de la continuidad’ de la doctrina, de la predicación y del apostolado en fidelidad al Evangelio de Cristo”.

José de Jesús Castellanos,
*Coordinador de la
Fundación
Editorial Vasco de
Quiroga*



La claridad y firmeza con que actuó y enseñó Benedicto XVI le granjeó enemistades dentro y fuera de la Iglesia. Foto: Los Angeles Times

que de éste queda en el mundo moderno, fue su discurso en el Bundestag durante su viaje a Alemania (también publicado en este número). Este valiente mensaje ante sus compatriotas es uno de los servicios que dio al mundo y que, por supuesto, no ha sido escuchado.

Sus enseñanzas, que ya forman parte del Magisterio de la Iglesia, contrastan con las corrientes intelectuales, filosóficas, políticas y sociales de la posmodernidad que hoy priva en Occidente. Pero, no sólo contrastan con lo “políticamente correcto” en el mundo, sino que también con el pensamiento y enseñanza de no pocos teólogos, sacerdotes y hasta obispos dentro de la Iglesia. Ya moribundo, un sacerdote jesuita se atrevió a “perdonar” al Papa Benedicto XVI, por el “daño” que le había causado y a otros teólogos a quienes corrigió sus enseñanzas heterodoxas durante su servicio a San Juan Pablo II. Los integrantes de esas corrientes los menospreciaban y calificaban de “cómplices” en la defensa de la ortodoxia.

Benedicto XVI tenía clara la enseñanza del Concilio Vaticano II y el camino que se abría en la “hermenéutica de la continuidad” de la doctrina, de la predicación y del apostolado en fidelidad al Evangelio de Jesucristo. Por ello, rechazó la hermenéutica de la ruptura, tanto desde la visión de un falso tradicionalismo, como de un falso progresismo. Con claridad indicó que la Tradición no significa estancamiento en el pasado, sino recoger lo viejo e impulsar lo nuevo, como ha hecho siempre la Iglesia, pero la auténtica puesta al día que impulsó el Vaticano II, tampoco significaba olvidar y desechar las enseñanzas del pasado.

Ese comportamiento de un caminar hacia delante de manera lineal, fue lo que le provocó ser, ante muchos, un signo de contradicción, como lo fue y ha sido Jesucristo, según anunciara Simeón a la Virgen María. En ello nos ha dado un ejemplo de cómo debe ser un fiel cristiano, sin buscar acomodos o quedar bien ante el mundo, a costa de la Verdad. No fue una caña mecida por el viento.

Pero lejos de haberse encerrado en sí mismo o en los muros vaticanos, el Papa Benedicto XVI estuvo abierto al diálogo con intelectuales, líderes de otras religiones y políticos de todas las corrientes, buscando puntos en común que sirvieran al mundo actual, buscando la paz, la justicia, el bien y el amor.

Por ello, en este número rendimos homenaje a Su Santidad Benedicto XVI, quien seguramente ya goza de su Señor en el cielo, y que además de que deseamos sea “¡santo súbito!”, también podría ser nombrado en el futuro como Doctor de la Iglesia.

José de Jesús Castellanos López



El Papa Benedicto XVI llegó a México en una visita apostólica de tres días, como parte de una gira que incluyó Cuba. Foto: BBC

BENEDICTO XVI EN MÉXICO

Avanzar, sin desfallecer,
en la construcción de una sociedad cimentada
en el desarrollo del bien, el triunfo
del amor y la difusión de la justicia

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
EN SILAO, AEROPUERTO INTERNACIONAL DE GUANAJUATO.
VIERNES 23 DE MARZO DE 2012

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Señores Cardenales,
Venerados hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio,
Distinguidas autoridades,
Amado pueblo de Guanajuato y de México entero

Me siento muy feliz de estar aquí, y doy gracias a Dios por haberme permitido realizar el deseo, guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo, de poder confirmar en la fe al Pueblo de Dios de esta gran nación en su propia tierra. Es proverbial el fervor del pueblo mexicano con el Sucesor de Pedro, que lo tiene siempre muy presente en su oración. Lo digo en este lugar, considerado el centro geográfico de su territorio, al cual ya quiso venir desde su primer viaje mi venerado predecesor, el beato Juan Pablo II. Al no poder hacerlo, dejó en aquella ocasión un mensaje de aliento y bendición cuando sobrevolaba su espacio aéreo. Hoy me siento dichoso de hacerme eco de sus palabras, en suelo firme y entre ustedes: Agradezco —decía en su mensaje— el afecto al Papa y la fidelidad al Señor de los fieles del Bajío y de Guanajuato. Que Dios les acompañe siempre (cf. Telegrama, 30 enero 1979).

Con este recuerdo entrañable, le doy las gracias, Señor Presidente, por su cálido recibimiento, y saludo con deferencia a su distinguida esposa y demás autoridades que han querido honrarme con su presencia. Un saludo muy especial a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, así como a Monseñor Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de Tlalnepantla, y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano. Con esta breve visita, deseo estrechar las manos de todos los mexicanos y abarcar a las naciones y pueblos latinoamericanos, bien representados aquí por tantos obispos, precisamente en este lugar en el que el majestuoso monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, da muestra de la raigambre de la fe católica entre los mexicanos, que se acogen a su constante bendición en todas sus vicisitudes.

México, y la mayoría de los pueblos latinoamericanos, han conmemorado el bicentenario de su independencia, o lo están haciendo en estos años. Muchas han sido las celebraciones religiosas para dar gracias a Dios por este momento tan importante y significativo. Y en ellas, como se hizo en la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, en Roma, en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, se invocó con fervor a María Santísima, que hizo ver con dulzura cómo el Señor ama a todos y se entregó por ellos sin distinciones. Nuestra Madre del cielo ha seguido velando por la fe de sus hijos también en la formación de estas naciones, y lo sigue haciendo hoy ante los nuevos desafíos que se les presentan.



Vengo como peregrino de la fe, de la esperanza y de la caridad. Deseo confirmar en la fe a los creyentes en Cristo, afianzarlos en ella y animarlos a revitalizarla con la escucha de la Palabra de Dios, los sacramentos y la coherencia de vida. Así podrán compartirla con los demás, como misioneros entre sus hermanos, y ser fermento en la sociedad, contribuyendo a una convivencia respetuosa y pacífica, basada en la inigualable dignidad de toda persona humana, creada por Dios, y que ningún poder tiene derecho a olvidar o despreciar. Esta dignidad se expresa de manera eminente en el derecho fundamental a la libertad religiosa, en su genuino sentido y en su plena integridad.

Como peregrino de la esperanza, les digo con san Pablo: «No se entristezcan como los que no tienen esperanza» (1 Ts 4,13). La confianza en Dios ofrece la certeza de encontrarlo, de recibir su gracia, y en ello se basa la esperanza de quien cree. Y, sabiendo esto, se esfuerza en transformar también las estructuras y acontecimientos presentes poco gratos, que parecen incommovibles e insuperables, ayudando a quien no encuentra en la vida sentido ni porvenir. Sí, la esperanza cambia la existencia concreta de cada hombre y cada mujer de manera real (cf. Spe salvi, 2).

La esperanza apunta a «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1), tratando de ir haciendo palpable ya ahora algunos de sus reflejos. Además, cuando arraiga en un pueblo, cuando se comparte, se difunde como la luz que despeja las tinieblas que ofuscan y atenazan.

Este país, este Continente, está llamado a vivir la esperanza en Dios como una convicción profunda, convirtiéndola en una actitud del corazón y en un compromiso concreto de caminar juntos hacia un mundo mejor.

Como ya dije en Roma, «continúen avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia» (Homilía en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, Roma, 12 diciembre 2011).

Junto a la fe y la esperanza, el creyente en Cristo, y la Iglesia en su conjunto, vive y practica la caridad como elemento esencial de su misión. En su acepción primera, la caridad «es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (Deus caritas est, 31,a), como es socorrer a los que padecen hambre, carecen de cobijo, están enfermos o necesitados en algún aspecto de su existencia. Nadie queda excluido por su origen o creencias de esta misión de la Iglesia, que no entra en competencia con otras iniciativas privadas o públicas, es más, ella colabora gustosa con quienes persiguen estos mismos fines. Tampoco pretende otra cosa que hacer de manera desinteresada y respetuosa el bien al menesteroso, a quien tantas veces lo que más le falta es precisamente una muestra de amor auténtico.

Señor Presidente, amigos todos: en estos días pediré encarecidamente al Señor y a la Virgen de Guadalupe por este pueblo, para que haga honor a la fe recibida y a sus mejores tradiciones; y rezaré especialmente por quienes más lo precisan, particularmente por los que sufren a causa de antiguas y nuevas rivalidades, resentimientos y formas de violencia. Ya sé que estoy en un país orgulloso de su hospitalidad y deseoso de que nadie se sienta extraño en su tierra. Lo sé, lo sabía ya, pero ahora lo veo y lo siento muy dentro del corazón. Espero con toda mi alma que lo sientan también tantos mexicanos que viven fuera de su patria natal, pero que nunca la olvidan y desean verla crecer en la concordia y en un auténtico desarrollo integral. Muchas gracias.

Benedictus PP XVI



“

...para que Dios habite en nosotros, hay que escucharlo, hay que dejarse interpelar por su Palabra cada día, meditándola en el propio corazón, a ejemplo de María...”

BENEDICTO XVI

El Reinado de Cristo es de Amor y Verdad

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
EN EL PARQUE EXPO BICENTENARIO DE LEÓN.
DOMINGO 25 DE MARZO DE 2012**

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace estar entre ustedes, y deseo agradecer vivamente a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, sus amables palabras de bienvenida. Saludo al episcopado mexicano, así como a los Señores Cardenales y demás Obispos aquí presentes, en particular a los procedentes de Latinoamérica y el Caribe. Vaya también mi saludo caluroso a las Autoridades que nos acompañan, así como a todos los que se han congregado para participar en esta Santa Misa presidida por el Sucesor de Pedro.

«Crea en mí, Señor, un corazón puro» (Sal 50,12), hemos invocado en el salmo responsorial. Esta exclamación muestra la profundidad con la que hemos de prepararnos para celebrar la próxima semana el gran misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Nos ayuda asimismo a mirar muy dentro del corazón humano, especialmente en los momentos de dolor y de esperanza a la vez, como los que atraviesa en la actualidad el pueblo mexicano y también otros de Latinoamérica.

El anhelo de un corazón puro, sincero, humilde, aceptable a Dios, era muy sentido ya por Israel, a medida que tomaba conciencia de la persistencia del mal y del pecado en su seno, como un poder prácticamente implacable e imposible de superar. Quedaba sólo confiar en la misericordia de Dios omnipotente y la esperanza de que él cambiara desde dentro, desde el corazón, una situación insoportable, oscura y sin futuro. Así fue abriéndose paso el recurso a la misericordia infinita del Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 33,11). Un corazón puro, un corazón nuevo, es el que se reconoce impotente por sí mismo, y se pone en manos de Dios para seguir esperando en sus promesas. De este modo, el salmista puede decir convencido al Señor: «Volverán a ti los pecadores» (Sal 50,15). Y, hacia el final del salmo, dará una explicación que es al mismo tiempo una firme confesión de fe: «Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias» (v. 19).

La historia de Israel narra también grandes proezas y batallas, pero a la hora de afrontar su existencia más auténtica, su destino más decisivo, la salvación, más que en sus propias fuerzas, pone su esperanza en Dios, que puede recrear un corazón nuevo, no insensible y engréido.

Esto nos puede recordar hoy a cada uno de nosotros y a nuestros pueblos que, cuando se trata de la vida personal y comunitaria, en su dimensión más profunda, no bastarán las estrategias humanas para salvarnos. Se ha de recurrir también al único que puede dar vida en plenitud, porque él mismo es la esencia de la vida y su autor, y nos ha hecho partícipes de ella por su Hijo Jesucristo.

El Evangelio de hoy prosigue haciéndonos ver cómo este antiguo anhelo de vida plena se ha cumplido realmente en Cristo. Lo explica san Juan en un pasaje en el que se cruza el deseo de unos griegos de ver a Jesús y el momento en que el Señor está por ser glorificado. A la pregunta de los griegos, representantes del mundo pagano, Jesús responde diciendo: «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado» (Jn 12,23). Respuesta extraña, que parece incoherente con la pregunta de los griegos. ¿Qué tiene que ver la glorificación de Jesús con la petición de encontrarse con él? Pero sí que hay una relación. Alguien podría pensar —observa san Agustín— que Jesús se sentía glorificado porque venían a él los gentiles. Algo parecido al aplauso de la multitud que da «gloria» a los grandes del mundo, diríamos hoy. Pero no es así. «Convenía que a la excelsitud de su glorificación precediese la humildad de su pasión» (In Joannis Ev., 51,9: PL 35, 1766).

La respuesta de Jesús, anunciando su pasión inminente, viene a decir que un encuentro ocasional en aquellos momentos sería superfluo y tal vez engañoso. Al que los griegos quieren ver en realidad, lo verán levantado en la cruz, desde la cual atraerá a todos hacia sí (cf. Jn 12,32). Allí comenzará su «gloria», a causa de su sacrificio de expiación por todos, como el grano de trigo caído en tierra que muriendo, germina y

da fruto abundante. Encontrarán a quien seguramente sin saberlo andaban buscando en su corazón, al verdadero Dios que se hace reconocible para todos los pueblos. Este es también el modo en que Nuestra Señora de Guadalupe mostró su divino Hijo a san Juan Diego. No como a un héroe portentoso de leyenda, sino como al verdaderísimo Dios, por quien se vive, al Creador de las personas, de la cercanía y de la intermediación, del Cielo y de la Tierra (cf. Nican Mopohua, v. 33). Ella hizo en aquel momento lo que ya había ensayado en las Bodas de Caná. Ante el apuro de la falta de vino, indicó claramente a los sirvientes que la vía a seguir era su Hijo: «Hagan lo que él les diga» (Jn 2,5).

Queridos hermanos, al venir aquí he podido acercarme al monumento a Cristo Rey, en lo alto del Cubilete. Mi venerado predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, aunque lo deseó ardientemente, no pudo visitar este lugar emblemático de la fe del pueblo mexicano en sus viajes a esta querida tierra. Seguramente se alegrará hoy desde el cielo de que el Señor me haya concedido la gracia de poder estar ahora con ustedes, como también habrá bendecido a tantos millones de mexicanos que han querido venerar sus reliquias recientemente en todos los rincones del país.

En este monumento se representa a Cristo Rey. Pero las coronas que le acompañan, una de soberano y otra de espinas, indican que su realeza no es como muchos la entendieron y la entienden...

Su reinado no consiste en el poder de sus ejércitos para someter a los demás por la fuerza. Se funda en un poder más grande que gana los corazones: el amor de Dios que él ha traído al mundo con su sacrificio y la verdad de la que ha dado testimonio.





El Papa permaneció en México del 23 al 26 de marzo del 2012, que fue cuando partió rumbo a Santiago de Cuba.

Foto: Reuters

Éste es su señorío, que nadie le podrá quitar ni nadie debe olvidar. Por eso es justo que, por encima de todo, este santuario sea un lugar de peregrinación, de oración ferviente, de conversión, de reconciliación, de búsqueda de la verdad y acogida de la gracia. A él, a Cristo, le pedimos que reine en nuestros corazones haciéndolos puros, dóciles, esperanzados y valientes en la propia humildad.

También hoy, desde este parque con el que se quiere dejar constancia del bicentenario del nacimiento de la nación mexicana, aunando en ella muchas diferencias, pero con un destino y un afán común, pidamos a Cristo un corazón puro, donde él pueda habitar como príncipe de la paz, gracias al poder de Dios, que es el poder del bien, el poder del amor. Y, para que Dios habite en nosotros, hay que escucharlo, hay que dejarse interpelar por su Palabra cada día, meditándola en el propio corazón, a ejemplo de María (cf. Lc 2,51). Así crece nuestra amistad personal con él, se aprende lo que espera de nosotros y se recibe aliento para darlo a conocer a los demás.

En Aparecida, los Obispos de Latinoamérica y el Caribe han sentido con clarividencia la necesidad de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en la historia de estas tierras «desde el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros» (Documento conclusivo, 11). La Misión Continental, que ahora se está llevando a cabo diócesis por diócesis en este Continente, tiene precisamente el cometido de hacer llegar esta convicción a todos los cristianos y comunidades eclesiales, para que resistan a la tentación de una fe superficial y rutinaria, a veces fragmentaria e incoherente. También aquí se ha de

superar el cansancio de la fe y recuperar «la alegría de ser cristianos, de estar sostenidos por la felicidad interior de conocer a Cristo y de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones agobiantes de sufrimiento humano, para ponerse a su disposición, sin replegarse en el propio bienestar» (Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre de 2011). Lo vemos muy bien en los santos, que se entregaron de lleno a la causa del evangelio con entusiasmo y con gozo, sin reparar en sacrificios, incluso el de la propia vida. Su corazón era una apuesta incondicional por Cristo, de quien habían aprendido lo que significa verdaderamente amar hasta el final.

En este sentido, el Año de la fe, al que he convocado a toda la Iglesia, «es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo [...]. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo» (Porta fidei, 11 octubre 2011, 6.7).

Pidamos a la Virgen María que nos ayude a purificar nuestro corazón, especialmente ante la cercana celebración de las fiestas de Pascua, para que lleguemos a participar mejor en el misterio salvador de su Hijo, tal como ella lo dio a conocer en estas tierras. Y pidámosle también que siga acompañando y amparando a sus queridos hijos mexicanos y latinoamericanos, para que Cristo reine en sus vidas y les ayude a promover audazmente la paz, la concordia, la justicia y la solidaridad. Amén.

Benedictus PP XVI



El Papa Francisco, sentado frente al féretro con los restos del papa emérito Benedicto XVI en la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, el 5 de enero de 2023. Foto: AP

Homilía del Papa Francisco en el funeral de Benedicto XVI

“BENEDICTO, FIEL AMIGO DEL ESPOSO, QUE TU GOZO SEA PERFECTO AL OÍR DEFINITIVAMENTE Y PARA SIEMPRE SU VOZ”, DIJO EL SANTO PADRE

aciprensa.com

El Papa Francisco presidió la Misa del funeral del Papa Emérito Benedicto XVI el 5 de enero en la plaza San Pedro del Vaticano ante miles de fieles procedentes de todo el mundo. A continuación, la homilía que pronunció el Papa Francisco:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Son las últimas palabras que el Señor pronunció en la cruz; su último suspiro —podríamos decir— capaz de confirmar lo que selló toda su vida: un continuo entregarse en las manos de su Padre. Manos de perdón y de compasión, de curación y de misericordia, manos de unción y bendición que lo impulsaron a entregarse también en las manos de sus hermanos.

El Señor, abierto a las historias que encontraba en el camino, se dejó cincelar por la voluntad de Dios, cargando sobre sus hombros todas las consecuencias y dificultades del Evangelio, hasta ver sus manos llagadas por amor: «Aquí están mis manos» (Jn 20,27), le dijo a Tomás, y lo dice a cada uno de nosotros. Mira mis manos. Manos llagadas que salen al encuentro y no cesan de ofrecerse para que conozcamos el amor que Dios nos tiene y creamos en él (cf. 1 Jn 4,16).[1]

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es la invitación y el programa de vida que inspira y quiere moldear como un alfarero (cf. Is 29,16) el corazón del pastor, hasta que latan en él los mismos sentimientos de Cristo Jesús (cf. Flp 2, 5).

Entrega agradecida de servicio al Señor y a su Pueblo, que nace por haber acogido un don totalmente gratuito: “Tú me perteneces... tú les

perteneces”, susurra el Señor; “tú estás bajo la protección de mis manos, bajo la protección de mi corazón. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas”.[2] Es la condescendencia de Dios y su cercanía, capaz de ponerse en las manos frágiles de sus discípulos para alimentar a su pueblo y decir con Él: tomen y coman, tomen y beban, esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes (cf. Lc 22,19).

Entrega orante que se forja y acrisola silenciosamente entre las encrucijadas y contradicciones que el pastor debe afrontar (cf. 1 P 1,6-7) y la confiada invitación a apacentar el rebaño (cf. Jn 21,17). Como el Maestro, lleva sobre sus hombros el cansancio de la intercesión y el desgaste de la unción por su pueblo, especialmente allí donde la bondad está en lucha y sus hermanos ven peligrar su dignidad (cf. Hb 5,7-9). En este encuentro de intercesión donde el Señor va gestando esa mansedumbre capaz de comprender, recibir, esperar y apostar más allá de las incomprensiones que esto puede generar. Fecundidad invisible e inaferrable, que nace de saber en qué manos se ha puesto la confianza (cf. 2 Tm 1,12). Confianza orante y adoradora, capaz de interpretar las acciones del pastor y ajustar su corazón y sus decisiones a los tiempos de Dios (cf. Jn 21,18): «Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir.

Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia».[3]

Y también en la entrega sostenida por la consolación del Espíritu, que lo espera siempre en la misión: en la búsqueda apasionada por comunicar la hermosura y la alegría el Evangelio (cf. Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 57), en el testimonio fecundo de aquellos que, como María, permanecen de muchas maneras al pie de la cruz, en esa dolorosa pero recia paz que no agrede ni avasalla; y en la obstinada pero paciente esperanza en que el Señor cumplirá su promesa, como lo había prometido a nuestros padres y a su descendencia por siempre (cf. Lc 1,54-55).

También nosotros, aferrados a las últimas palabras del Señor y al testimonio que marcó su vida, queremos, como comunidad eclesial, seguir sus huellas y confiar a nuestro hermano en las manos del Padre: que estas manos de misericordia encuentren su lámpara encendida con el aceite del Evangelio, que él esparció y testimonió durante su vida (cf. Mt 25,6-7).

San Gregorio Magno, al finalizar la Regla pastoral, invitaba y exhortaba a un amigo a ofrecerle esta compañía espiritual, y dice así: «En medio de las tempestades de mi vida, me alienta la confianza de que tú me mantendrás a flote en la tabla de tus oraciones, y que, si el peso de mis faltas me abaja y humilla, tú me prestarás el auxilio de tus méritos para levantarme». Es la conciencia del Pastor que no puede llevar solo lo que, en realidad, nunca podría soportar solo y, por eso, es capaz de abandonarse a la oración y al cuidado del pueblo que le fue confiado.[4] Es el Pueblo fiel de Dios que, reunido, acompaña y confía la vida de quien fuera su pastor.

Como las mujeres del Evangelio en el sepulcro, estamos aquí con el perfume de la gratitud y el unguento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años. Queremos decir juntos: “Padre, en tus manos encomendamos su espíritu”.

Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz.

Franciscus

[1] Cf. *Benedicto XVI, Carta enc. Deus caritas est*, 1.

[2] Cf. *Íd., Homilía en la Misa Crismal*, 13 de abril de 2006.

[3] *Íd., Homilía en la Misa de inicio del pontificado*, 24 de abril de 2005.

[4] Cf. *ibíd.*

*“Benedicto XVI: un gran Papa”,
así definió el Papa Francisco
a Benedicto XVI. Era el 27 de
octubre de 2014 y se inauguraba
en la Academia de
Ciencias un busto
en honor del Papa emérito.*

Foto: GETTY IMAGES



Homilía de Su Eminencia **Card. Joseph Ratzinger,** Decano del Colegio de Cardenales

BASÍLICA VATICANA. LUNES 18 DE ABRIL DE 2005

En este momento de gran responsabilidad, escuchemos con especial atención lo que el Señor nos dice con sus propias palabras. Quisiera examinar sólo algunos pasajes de las tres lecturas que nos conciernen directamente en este momento.

El primero nos ofrece un retrato profético de la persona del Mesías, retrato que cobra todo su sentido desde el momento en que Jesús lee el texto en la sinagoga de Nazaret y dice: “Hoy se cumple este pasaje de la Escritura a vuestros oídos” (Lc 4, 21).

En el centro del texto profético encontramos una palabra que parece contradictoria, al menos a primera vista. El Mesías, hablando de sí mismo, dice que fue enviado “a anunciar un año de gracia del Señor y un día de reivindicación de nuestro Dios” (Is 61, 2). Escuchamos con alegría la noticia de un año de favor: la misericordia divina pone un límite al mal, como nos dijo el Santo Padre. Jesucristo es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo es encontrar la misericordia de Dios.

El mandato de Cristo se ha convertido en nuestro mandato a través de la unción sacerdotal. Estamos llamados a proclamar, no sólo con nuestras palabras, sino también con nuestra vida y con los valiosos signos de los sacramentos, “el año de gracia del Señor”.

Pero, ¿qué quiere decir el profeta Isaías cuando anuncia “el día de la vindicación de nuestro Dios”? En Nazaret, Jesús omitió estas palabras en su lectura del texto del profeta; concluyó anunciando el año de gracia. ¿Podría haber sido esta la razón del estallido de escándalo después de su predicación? No sabemos.

En cualquier caso, el Señor ofreció un comentario genuino a estas palabras al ser muerto en la cruz. San Pedro dice: “En su propio cuerpo llevó tus pecados a la cruz” (1 P 2, 24). Y san Pablo escribe en su Carta a los Gálatas: “Cristo nos ha librado del poder de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, como está escrito: ‘Maldito el que es colgado en un madero’.



Esto sucedió para que, por medio de Cristo Jesús, la bendición concedida a Abraham descendiera sobre los gentiles en Cristo Jesús, y así pudiésemos recibir por la fe el Espíritu prometido» (Gál 3, 13 ss.).

La misericordia de Cristo no es una gracia barata, ni implica la banalización del mal. Cristo lleva todo el peso del mal y toda su fuerza destructiva en su cuerpo y en su alma. Quema y transforma el mal en sufrimiento, en el fuego de su amor doliente. El día de la reivindicación y el año del favor convergen en el Misterio Pascual, en Cristo muerto y Resucitado. Esta es la venganza de Dios: Él mismo sufre por nosotros, en la persona de su Hijo.

El cardenal Ratzinger ofició la Misa previa al comienzo del Cónclave en 2005, en la que dijo que la Iglesia “vive una hora de gran responsabilidad”.

Foto: REUTERS.



El Arzobispo Piero Marini cierra la puerta de la Capilla Sixtina después de que entraran todos los miembros del cónclave para elegir al sucesor de Juan Pablo II en la Ciudad del Vaticano. Foto: EFE



La Capilla Sixtina es el lugar para la elección y todo lo que se haga o diga allí durante el Cónclave es secreto. Para garantizar ese secretismo, los especialistas hacen severos controles al objeto de impedir la instalación de medios audiovisuales de grabación y transmisión exterior. Foto: EFE



Vista de los cardenales en la Basílica de San Pedro del Vaticano durante la misa "Pro eligendo Pontífice" presidida por Ratzinger, en 2005. Foto: EFE

Cuanto más profundamente conmovidos estamos por la misericordia del Señor, más solidarios nos sentimos con su sufrimiento, y estamos dispuestos a completar en nuestra propia carne “lo que falta a las aflicciones de Cristo” (Col 1, 24).

Pasemos a la segunda lectura, la carta a los Efesios. Aquí vemos esencialmente tres aspectos: en primer lugar, los ministerios y carismas en la Iglesia como dones del Señor que resucitó y subió al cielo; luego, la maduración de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios como condición y contenido de la unidad en el Cuerpo de Cristo; y, por último, nuestra participación común en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, es decir, la transformación del mundo en comunión con el Señor.

Detengámonos en sólo dos puntos. El primero es el camino hacia “la madurez de Cristo”, como dice el texto italiano, simplificándolo un poco. Más precisamente, de acuerdo con el texto griego, deberíamos hablar de la “medida de la plenitud de Cristo” que estamos llamados a alcanzar si queremos ser verdaderos adultos en la fe. No debemos quedarnos niños en la fe, en la condición de menores. ¿Y qué significa ser hijos en la fe? San Pablo responde: significa ser “zarandeados de aquí para allá, llevados de un lado a otro por todo viento de doctrina” (Ef 4, 14). ¡Esta descripción es muy oportuna.

Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en las últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuántas formas de pensar. El pequeño bote del pensamiento de muchos cristianos

ha sido a menudo sacudido por estas olas, lanzado de un extremo a otro: del marxismo al liberalismo, incluso al libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo y así sucesivamente. Cada día surgen nuevas sectas, y se hace realidad lo que dice San Pablo sobre el engaño humano y las artimañas que se esfuerzan por inducir a la gente al error (cf. Ef 4, 14).

Hoy en día, tener una fe clara basada en el Credo de la Iglesia a menudo se etiqueta como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse “zarandear por aquí y por allá, arrastrado por todo viento de doctrina”, parece la única actitud que puede hacer frente a los tiempos modernos. Estamos construyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y cuyo fin último consiste únicamente en el propio ego y los deseos.

Nosotros, sin embargo, tenemos una meta diferente: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. Una fe “adulta” no es una fe que sigue las tendencias de la moda y la última novedad; una fe adulta madura está profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Es esta amistad la que nos abre a todo lo bueno y nos da un criterio para distinguir lo verdadero de lo falso y el engaño de la verdad.

Debemos desarrollar esta fe adulta; debemos guiar el rebaño de Cristo a esta fe. Y es esta fe, sólo la fe, la que crea la unidad y se realiza en el amor.

Sobre este tema, san Pablo nos ofrece como fórmula fundamental de la existencia cristiana unas bellas palabras, frente a las continuas vicisitudes de quienes, como niños, son zarandeados por las olas: hacer verdad en el amor. La verdad y el amor coinciden en Cristo. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra propia vida, la verdad y el amor se funden. El amor sin verdad sería ciego; la verdad sin el amor sería como “un címbalo que retiñe” (1 Cor 13, 1).

Miremos ahora el Evangelio, de cuya riqueza quisiera sacar sólo dos pequeñas observaciones. El Señor nos dirige estas maravillosas palabras: “Ya no os hablo como a esclavos... os llamo amigos” (Jn 15, 15). Muchas veces nos sentimos, y es verdad, que no somos más que siervos inútiles (cf. Lc 17, 10).

Sin embargo, a pesar de esto, el Señor nos llama amigos, nos hace sus amigos, nos da su amistad. El Señor da a la amistad una doble definición. No hay secretos entre amigos: Cristo nos dice todo lo que oye del Padre; nos da su plena confianza y con confianza, también conocimiento. Él nos revela su rostro y su corazón. Nos muestra la ternura que siente por nosotros, su amor apasionado que llega hasta la locura de la Cruz. Él se confía a nosotros, nos da el poder de hablar en su nombre: “este es mi cuerpo...”, “te perdono...”. Él nos confía su Cuerpo, la Iglesia.

A nuestras mentes débiles, a nuestras manos débiles, confía su verdad, el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el misterio de Dios que “tanto amó al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3, 16). Nos hizo sus amigos, y ¿cómo respondemos?

El segundo elemento que usa Jesús para definir la amistad es la comunión de voluntades. Para los romanos “Idem velle - idem nolle” [mismos deseos, mismas aversiones] era también la definición de amistad. “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 14). La amistad con Cristo coincide con la tercera petición del Padrenuestro: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. En su hora en el Huerto de Getsemaní, Jesús transformó nuestra voluntad humana rebelde en una voluntad conformada y unida a la voluntad divina. Él sufrió todo el drama de nuestra autonomía, y precisamente al poner nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad: “No sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26, 39).

Nuestra redención se realiza en esta comunión de voluntades: ser amigos de Jesús, llegar a ser amigos de Dios. Cuanto más amamos a Jesús, cuanto más lo conocemos, más se desarrolla nuestra verdadera libertad y florece nuestra alegría de ser redimidos. ¡Gracias, Jesús, por tu amistad!

El otro elemento del Evangelio al que quería referirme es la enseñanza de Jesús sobre dar fruto: “Yo os he elegido para que vayáis y deis fruto. Vuestro fruto debe perdurar” (Jn 15, 16).

Es aquí donde aparece el dinamismo de la vida de un cristiano, de un apóstol: te elegí para salir. Debemos estar animados por una santa inquietud: una inquietud por llevar a todos el don de la fe, de la amistad con Cristo. Verdaderamente, el amor y la amistad de Dios nos fueron dados para que también los compartamos con los demás. Hemos recibido la fe para



darla a los demás, somos sacerdotes para servir a los demás. Y debemos dar frutos que perduren.

Todas las personas desean dejar una marca duradera. ¿Pero qué perdura? El dinero no. Ni siquiera los edificios, ni los libros. Después de cierto tiempo, más largo o más corto, todas estas cosas desaparecen. Lo único que dura para siempre es el alma humana, la persona humana creada por Dios para la eternidad.

El fruto que perdura es, pues, todo lo que hemos sembrado en las almas humanas: amor, conocimiento, un gesto capaz de tocar los corazones, palabras que abren el alma al gozo en el Señor. Entonces, vayamos y oremos al Señor para que nos ayude a dar frutos que perduren. Solo así la tierra será cambiada de un valle de lágrimas a un jardín de Dios.

Para concluir, volvamos una vez más a la Carta a los Efesios. La Carta dice, con palabras del Salmo 68, que Cristo, subiendo al cielo, “ha dado dones a los hombres” (Ef 4, 8). El vencedor ofrece regalos. Y estos dones son apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Nuestro ministerio es un don de Cristo a la humanidad, para la edificación de su cuerpo, el mundo nuevo. ¡Así vivimos nuestro ministerio, como don de Cristo a la humanidad!

En este momento, sin embargo, oremos sobre todo con insistencia al Señor para que, después de su gran don del Papa Juan Pablo II, nos dé de nuevo un Pastor según su corazón, un Pastor que nos guíe al conocimiento de Cristo, a su amor y a la verdadera alegría. Amén.

Vista general de la Basílica de San Pedro del Vaticano durante la misa “Pro Eligiendo Papa” presidida por el decano del Colegio Cardenalicio, el cardenal alemán Joseph Ratzinger.

Foto: EFE



DISCURSO EN REICHSTAG, BERLÍN

La destrucción del derecho por el Estado, lo transforma en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada: Benedicto XVI

La producción intelectual del Papa Benedicto XVI fue prolija y profunda. Además de sus tres encíclicas y la cuarta compartida con el Papa Francisco, escribió numerosos mensajes, exhortaciones, etc. De todos ellos podemos obtener grandes lecciones.

Como parte del homenaje que le rendimos en CONEXIONES UVAQ, reproducimos un discurso que resulta muy importante en los tiempos de deformación del sentido del derecho que estamos viviendo. Se trata del discurso en el Parlamento Federal de Alemania, donde tocó fibras sensibles respecto del extravío que se produjo en el abandono del derecho por parte del Estado en la Alemania nazi.

Ilustre Señor Presidente Federal,
Señor Presidente del Bundestag,
Señora Canciller Federal,
Señor Presidente del Bundesrat,
Señoras y Señores Diputados

Es para mí un honor y una alegría hablar ante esta Cámara alta, ante el Parlamento de mi Patria alemana, que se reúne aquí como representación del pueblo, elegido democráticamente, para trabajar por el bien común de la República Federal de Alemania. Agradezco al Señor Presidente del Bundestag su invitación a tener este discurso, así como sus gentiles palabras de bienvenida y aprecio con las que me ha acogido. Me dirijo en este momento a ustedes, estimados señoras y señores, también como un con-nacional que por sus orígenes está vinculado de por vida y sigue con particular atención los acontecimientos de la Patria alemana. Pero la invitación a tener este discurso se me ha hecho en cuanto Papa, en cuanto Obispo de Roma, que tiene la suprema responsabilidad sobre los cristianos católicos. De este modo, ustedes reconocen el papel que le corresponde a la Santa Sede como miembro dentro de la Comunidad de los Pueblos y de los Estados. Desde mi responsabilidad internacional, quisiera proponerles algunas consideraciones sobre los fundamentos del estado liberal de derecho.

Permítanme que comience mis reflexiones sobre los fundamentos del derecho con un breve relato tomado de la Sagrada Escritura. En el primer Libro de los Reyes, se dice que Dios concedió al joven rey Salomón, con ocasión de su entronización, formular una petición. ¿Qué pedirá el joven soberano en este momento tan importante? ¿Éxito, riqueza, una larga

vida, la eliminación de los enemigos? No pide nada de todo eso. En cambio, suplica: “Concede a tu siervo un corazón dócil, para que sepa juzgar a tu pueblo y distinguir entre el bien y mal.”[1] Con este relato, la Biblia quiere indicarnos lo que en definitiva debe ser importante para un político. Su criterio último, y la motivación para su trabajo como político, no debe ser el éxito y mucho menos el beneficio material. La política debe ser un compromiso por la justicia y crear así las condiciones básicas para la paz. Naturalmente, un político buscará el éxito, sin el cual nunca tendría la posibilidad de una acción política efectiva. Pero el éxito está subordinado al criterio de la justicia, a la voluntad de aplicar el derecho y a la comprensión del derecho. El éxito puede ser también una seducción y, de esta forma, abre la puerta a la desvirtuación del derecho, a la destrucción de la justicia. “Quita el derecho y, entonces, ¿qué distingue al Estado de una gran banda de bandidos?”, dijo en cierta ocasión San Agustín.[2] Nosotros, los alemanes, sabemos por experiencia que estas palabras no son una mera quimera. Hemos experimentado cómo el poder se separó del derecho, se enfrentó contra él; cómo se pisoteó el derecho, de manera que el Estado se convirtió en el instrumento para la destrucción del derecho; se transformó en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada, que podía amenazar al mundo entero y llevarlo hasta el borde del abismo. Servir al derecho y combatir el dominio de la injusticia es y sigue siendo el deber fundamental del político. En un momento histórico en el cual el hombre ha adquirido un poder hasta ahora inimaginable, este deber se convierte en algo particularmente urgente. El hombre tiene la capacidad de destruir el mundo.

Se puede manipular a sí mismo. Puede, por decirlo así, hacer seres humanos y privar de su humanidad a otros seres humanos. ¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y el derecho sólo aparente? La petición salomónica sigue siendo la cuestión decisiva ante la que se encuentra también hoy el político y la política misma.

Para gran parte de la materia que se ha de regular jurídicamente, el criterio de la mayoría puede ser un criterio suficiente. Pero es evidente que en las cuestiones fundamentales del derecho, en las cuales está en juego la dignidad del hombre y de la humanidad, el principio de la mayoría no basta: en el proceso de formación del derecho, una persona responsable debe buscar los criterios de su orientación. En el siglo III, el gran teólogo Orígenes justificó así la resistencia de los cristianos a determinados ordenamientos jurídicos en vigor: “Si uno se encontrara entre los escitas, cuyas leyes van contra la ley divina, y se viera obligado a vivir entre ellos..., por amor a la verdad, que, para los escitas, es ilegalidad, con razón formaría alianza con quienes sintieran como él contra lo que aquellos tienen por ley...”[3]

Basados en esta convicción, los combatientes de la resistencia actuaron contra el régimen nazi y contra otros regímenes totalitarios, prestando así un servicio al derecho y a toda la humanidad. Para ellos era evidente, de modo irrefutable, que el derecho vigente era en realidad una injusticia. Pero en las decisiones de un político democrático no es tan evidente la cuestión sobre lo que ahora corresponde a la ley de la verdad, lo que es verdaderamente justo y puede transformarse en ley.

Hoy no es de modo alguno evidente de por sí lo que es justo respecto a las cuestiones antropológicas fundamentales y pueda convertirse en derecho vigente. A la pregunta de cómo se puede reconocer lo que es verdaderamente justo, y servir así a la justicia en la legislación, nunca ha sido fácil encontrar la respuesta y hoy, con la abundancia de nuestros conocimientos y de nuestras capacidades, dicha cuestión se ha hecho todavía más difícil.

¿Cómo se reconoce lo que es justo? En la historia, los ordenamientos jurídicos han estado casi siempre motivados de modo religioso: sobre la base de una referencia a la voluntad divina, se decide aquello que es justo entre los hombres. Contrariamente a otras grandes religiones, el cristianismo nunca ha impuesto al Estado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación. En cambio, se ha remitido a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho, se ha referido a la armonía entre razón objetiva y subjetiva, una armonía que, sin embargo, presupone que ambas esferas estén fundadas en la Razón creadora de Dios. Así, los teólogos cristianos se sumaron a un movimiento filosófico y jurídico que se había formado desde el siglo II a.C. En la primera mitad del siglo segundo precristiano se produjo un encuentro entre el derecho natural social, desarrollado por los filósofos estoicos, y notorios maestros del derecho romano.[4] De este contacto nació la cultura jurídica occidental, que ha sido y sigue siendo de una importancia determinante para la cultura jurídica de la humanidad. A partir de esta vinculación precristiana entre derecho y filosofía inicia el camino que lleva, a través de la Edad Media cristiana, al desarrollo jurídico del Iluminismo, hasta la Declaración de

los derechos humanos y hasta nuestra Ley Fundamental Alemana, con la que nuestro pueblo reconoció en 1949 “los inviolables e inalienables derechos del hombre como fundamento de toda comunidad humana, de la paz y de la justicia en el mundo”.

Para el desarrollo del derecho, y para el desarrollo de la humanidad, ha sido decisivo que los teólogos cristianos hayan tomado posición contra el derecho religioso, requerido por la fe en la divinidad, y se hayan puesto de parte de la filosofía, reconociendo a la razón y la naturaleza, en su mutua relación, como fuente jurídica válida para todos. Esta opción la había tomado ya san Pablo cuando, en su Carta a los Romanos, afirma: “Cuando los paganos, que no tienen ley [la Torá de Israel], cumplen naturalmente las exigencias de la ley, ellos... son ley para sí mismos. Esos tales muestran que tienen escrita en su corazón las exigencias de la ley; contando con el testimonio de su conciencia...”[5] Aquí aparecen los dos conceptos fundamentales de naturaleza y conciencia, en los que conciencia no es otra cosa que el “corazón dócil” de Salomón, la razón abierta al lenguaje del ser. Si con esto, hasta la época del Iluminismo, de la Declaración de los Derechos Humanos, después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta la formación de nuestra Ley Fundamental, la cuestión sobre los fundamentos de la legislación parecía clara, en el último medio siglo se produjo un cambio dramático de la situación. La idea del derecho natural se considera hoy una doctrina católica más bien singular, sobre la que no vale la pena discutir fuera del ámbito católico, de modo que casi nos avergüenza hasta la sola mención del término. Quisiera indicar brevemente cómo se llegó a esta situación. Es fundamental, sobre todo, la tesis según la cual entre ser y deber ser existe un abismo infranqueable. Del ser no se podría derivar un deber, porque se trataría de dos ámbitos absolutamente distintos. La base de dicha opinión es la concepción positivista de naturaleza adoptada hoy casi generalmente. Si se considera la naturaleza –con palabras de Hans Kelsen– “un conjunto de datos objetivos, unidos los unos a los otros como causas y efectos”, entonces no se puede derivar de ella realmente ninguna indicación que tenga de algún modo carácter ético. [6] Una concepción positivista de la naturaleza, que comprende la naturaleza de manera puramente funcional, como las ciencias naturales la entienden, no puede crear ningún puente hacia el ethos y el derecho, sino dar nuevamente sólo respuestas funcionales. Pero lo mismo vale también para la razón en una visión positivista, que muchos consideran como la única visión científica. En ella, aquello que no es verificable o falsable no entra en el ámbito de la razón en sentido estricto. Por eso, el ethos y la religión han de ser relegadas al ámbito de lo subjetivo y caen fuera del ámbito de la razón en el sentido estricto de la palabra. Donde rige el dominio exclusivo de la razón positivista –y éste es en gran parte el caso de nuestra conciencia pública– las fuentes clásicas de conocimiento del ethos y del derecho quedan fuera de juego. Ésta es una situación dramática que afecta a todos y sobre la cual es necesaria una discusión pública; una intención esencial de este discurso es invitar urgentemente a ella.

El concepto positivista de naturaleza y razón, la visión positivista del mundo es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de la capacidad humana, a la cual en modo alguno debemos renunciar en ningún caso. Pero ella misma no es una cultura que corresponda y sea suficiente en su totalidad al ser hombres en su amplitud.

TRES PUNTOS

Para destacar del discurso:

1 Benedicto XVI sorprendió al

Parlamento alemán con un discurso sobre la razón, el derecho y la ecología muy superior a sus expectativas .

2 Con buen humor,

el presidente del Bundestag, Norbert Lammert , comentó que “raramente un discurso en esta Cámara había atraído de antemano tanta atención”.

3 Explicó que el cristianismo

trajo una superación del estado teocrático pues “situó las verdaderas fuentes del derecho en la naturaleza y la razón”.

Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad. Lo digo especialmente mirando a Europa, donde en muchos ambientes se trata de reconocer solamente el positivismo como cultura común o como fundamento común para la formación del derecho, reduciendo todas las demás convicciones y valores de nuestra cultura al nivel de subcultura. Con esto, Europa se sitúa ante otras culturas del mundo en una condición de falta de cultura, y se suscitan al mismo tiempo corrientes extremistas y radicales. La razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios. Y, sin embargo, no podemos negar que en este mundo auto-construido recurrimos en secreto igualmente a los “recursos” de Dios, que transformamos en productos nuestros. Es necesario volver a abrir las ventanas, hemos de ver nuevamente la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra, y aprender a usar todo esto de modo justo.

Pero ¿cómo se lleva a cabo esto? ¿Cómo encontramos la entrada en la inmensidad o la globalidad? ¿Cómo puede la razón volver a encontrar su grandeza sin deslizarse en lo irracional? ¿Cómo puede la naturaleza aparecer nuevamente en su profundidad, con sus exigencias y con sus indicaciones? Recuerdo un fenómeno de la historia política reciente, esperando que esto no se malinterprete ni suscite excesivas polémicas unilaterales.

Diría que la aparición del movimiento ecologista en la política alemana a partir de los años setenta, aunque quizás no haya abierto las ventanas, ha sido y es sin embargo un grito que anhela aire fresco, un grito que no se puede ignorar ni rechazar porque se perciba en él demasiada irracionalidad. Gente joven se dio cuenta de que en nuestras relaciones con la naturaleza existía algo que no funcionaba; que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma su dignidad y nosotros debemos seguir sus indicaciones. Es evidente que no hago propaganda de un determinado partido político; nada más lejos de mi intención.

Cuando en nuestra relación con la realidad hay algo que no funciona, entonces debemos reflexionar todos seriamente sobre el conjunto, y todos estamos invitados a volver sobre la cuestión de los fundamentos de nuestra propia cultura. Permitidme detenerme todavía un momento sobre este punto. La importancia de la ecología es hoy indiscutible. Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder a él coherentemente. Sin embargo, quisiera afrontar seriamente un punto que —me parece— se ha olvidado tanto hoy como ayer: hay también una ecología del hombre. También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana.

“Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder coherentemente”, sin olvidar la “ecología humana”, es decir, el respeto a las personas, a su vida y a sus derechos.



Volvamos a los conceptos fundamentales de naturaleza y razón, de los cuales hemos partido. El gran teórico del positivismo jurídico, Kelsen, con 84 años –en 1965– abandonó el dualismo de ser y de deber ser (me consuela comprobar que a los 84 años se esté aún en condiciones de pensar algo razonable). Antes había dicho que las normas podían derivar solamente de la voluntad. En consecuencia –añade–, la naturaleza sólo podría contener en sí normas si una voluntad hubiese puesto estas normas en ella. Por otra parte –dice–, esto supondría un Dios creador, cuya voluntad se ha insertado en la naturaleza. “Discutir sobre la verdad de esta fe es algo absolutamente vano”, afirma a este respecto.[7] ¿Lo es verdaderamente?, quisiera preguntar. ¿Carece verdaderamente de sentido reflexionar sobre si la razón objetiva que se manifiesta en la naturaleza no presupone una razón creativa, un Creator Spiritus?

En este punto debería venir en nuestra ayuda el patrimonio cultural de Europa. Sobre la base de la convicción de la existencia de un Dios creador se ha desarrollado el concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta. Estos conocimientos de la razón constituyen nuestra memoria cultural. Ignorarla o considerarla como mero pasado sería una amputación de nuestra cultura en su conjunto y la privaría de su integridad. La cultura de Europa nació del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma; del encuentro entre la fe en el Dios de Israel, la razón filosófica de los griegos y el pensamiento jurídico de Roma. Este triple encuentro configura la íntima identidad de Europa. Con la certeza de la responsabilidad del hombre ante Dios y reconociendo la dignidad inviolable del hombre, de cada hombre, este encuentro ha fijado los criterios del derecho; defenderlos es nuestro deber en este momento histórico.

Al joven rey Salomón, a la hora de asumir el poder, se le concedió lo que pedía. ¿Qué sucedería si a nosotros, legisladores de hoy, se nos concediese formular una petición? ¿Qué pediríamos? Pienso que, en último término, también hoy, no podríamos desear otra cosa que un corazón dócil: la capacidad de distinguir el bien del mal, y así establecer un verdadero derecho, de servir a la justicia y la paz. Muchas gracias.

Dado en el Reichstagsgebäude, Berlín, jueves 22 de septiembre de 2011

[1] 1Reyes 3,9.

[2] *De civitate Dei*, IV, 4, 1.

[3] *Contra Celsum* GCS Origenes. 428 (Koetschau); cf. A. Fürst, *Monotheismus und Monarchie.*

Zum Zusammenhang von Heil und Herrschaft in der Antike. En: Theology & Philosophy 81 (2006) 321-338;

citación p. 336; cf. también J. Ratzinger, *Die Einheit der Nationen. Eine Vision der Kirchenwäter* (Salzburg-München 1971) 60.

[4] Cf. W. Waldstein, *Ins Herz geschrieben.*

Das Naturrecht als Fundament einer menschlichen Gesellschaft (Augsburg 2010) 11ss; pp. 31-61.

[5] Romanos 2,14s.

[6] Waldstein, *op. cit.* pp. 5-21.

[7] Citado según Waldstein, *op. cit.* p. 19.



“

He visto y veo cómo de la maraña de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo”.

BENEDICTO XVI

Benedicto XVI: Mi testamento espiritual

DOCUMENTO REDACTADO POR EL PAPA EMÉRITO,
BENEDICTO PP XVI, EL 29 DE AGOSTO DE 2006.

Si en esta hora tardía de mi vida miro hacia atrás, hacia las décadas que he vivido, veo en primer lugar cuántas razones tengo para dar gracias. Ante todo, doy gracias a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre

me ha levantado cuando empezaba a resbalar y siempre me ha devuelto la luz de su semblante. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guió bien.



***Revelan
testamento
espiritual de
Benedicto XVI:
“A todos a los
que he hecho
daño, pido
perdón”,
dice el Papa.***

Foto: Zenit

Doy las gracias a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon para mí un magnífico hogar que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La clara fe de mi padre nos enseñó a nosotros los hijos a creer, y como señal siempre se ha mantenido firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y la gran bondad de mi madre son un legado que nunca podré agradecerle lo suficiente. Mi hermana me ha asistido durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la claridad de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón, me ha allanado siempre el camino; sin su constante precederme y acompañarme, no habría podido encontrar la senda correcta.

De corazón doy gracias a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores en todas las etapas de mi camino; por los profesores y alumnos que me ha dado. Con gratitud los encomiendo todos a Su bondad. Y quiero dar gracias al Señor por mi hermosa patria en los Prealpes bávaros, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo. Doy las gracias al pueblo de mi patria porque en él he experimentado una y otra vez la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga siendo una tierra de fe y les ruego, queridos compatriotas: no se dejen apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi viaje, pero especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria.

A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡Manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! A menudo parece como si la ciencia -las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (especialmente la exégesis de la Sagrada Escritura), por otro- fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica. He vivido las transformaciones de las ciencias naturales desde hace mucho tiempo, y he visto cómo, por el contrario, las aparentes certezas contra la fe se han desvanecido, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que sólo parecen ser competencia de la ciencia. Desde hace sesenta años acompaño el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, he visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo.

Por último, pido humildemente: recen por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me reciba en la morada eterna. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.

Lombardi: ‘Benedicto, una vida gastada en encontrar el rostro de Jesús’

EL PORTAVOZ DE BENEDICTO XVI RESUME SU PONTIFICADO CON LA IMAGEN DE LA JMJ DE MADRID, DESPUÉS DE LA TORMENTA, CON LA CUSTODIA: «EL PAPA SE ARRODILLÓ EN SILENCIO ANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y DETRÁS DE ÉL, EN LA OSCURIDAD, LA INMENSA ASAMBLEA SE UNIÓ EN ORACIÓN EN ABSOLUTA CALMA», FEDERICO LOMBARDI

Federico Lombardi VaticanNews

«Muy pronto me presentaré ante el juez definitivo de mi vida. Aunque pueda tener muchos motivos de temor y miedo cuando miro hacia atrás en mi larga vida, me siento, sin embargo, feliz porque creo firmemente que el Señor no solo es el juez justo, sino también el amigo y el hermano que ya padeció Él mismo mis deficiencias y por eso, como juez, es también mi abogado. En vista de la hora del juicio, la gracia de ser cristiano se hace evidente para mí. Ser cristiano me da el conocimiento y, más aún, la amistad con el juez de mi vida y me permite atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte. A este respecto, recuerdo constantemente lo que dice Juan al principio del Apocalipsis: ve al Hijo del Hombre en toda su grandeza y cae a sus pies como muerto. Pero el Señor, poniendo su mano derecha sobre él, le dice: «¡No temas, soy yo!» (cf. Ap

1,12-17)». Así escribía Benedicto XVI en su última carta, fechada el 6 de febrero pasado, al final de unos dolorosos días «de examen de conciencia y reflexión», sobre las críticas que se habían vertido contra él por un asunto de abusos cuando era arzobispo de Múnich, más de 40 años antes.

Y finalmente ha llegado el momento del encuentro con el Señor. Desde luego, no puede decirse que fuera inesperado y que nuestro gran anciano llegara desprevenido. Si su predecesor nos había dado un precioso e inolvidable testimonio de cómo vivir en la fe una dolorosa enfermedad progresiva hasta la muerte, Benedicto XVI nos ha dado un hermoso testimonio de cómo vivir en la fe la creciente fragilidad de la vejez durante muchos años hasta el final. El hecho de haber renunciado al papado en el momento oportuno le ha permitido -y a nosotros con él- recorrer este camino con gran serenidad.



Tuvo el don de completar su camino manteniendo la mente clara, acercándose con experiencia plenamente consciente a aquellas «realidades últimas» sobre las que había tenido como pocos el valor de pensar y hablar, gracias a la fe que había recibido y vivido. Como teólogo y como Papa nos había hablado de ello de manera profunda, creíble y convincente. Sus páginas y palabras sobre la escatología y su encíclica sobre la esperanza siguen siendo un regalo para la Iglesia, sobre el que su oración silenciosa puso el sello durante los largos años de retiro «en el monte».

***Federico Lombardi
junto a Benedicto
XVI en uno de sus
viajes apostólicos***

Foto: El Debate

De las muchas cosas que se pueden recordar de su pontificado, la que sinceramente me pareció y me sigue pareciendo más extraordinaria fue que precisamente en esos años consiguió escribir y completar su trilogía sobre Jesús. ¿Cómo podía un Papa, con las responsabilidades y preocupaciones de la Iglesia Universal, que en realidad llevaba sobre sus hombros, llegar a escribir una obra como esa? Ciertamente, fue el resultado de toda una vida de reflexión e investigación. Pero, sin duda, la pasión interior y la motivación, debieron de ser formidables. Sus páginas salieron de la pluma de un estudioso, pero al mismo tiempo de un creyente que había comprometido su vida en la búsqueda del encuentro con el rostro de Jesús, y que veía en ello al mismo tiempo la realización de su vocación y su servicio a los demás.



***Federico Lombardi,
exdirector de
prensa de
la Santa Sede.***

Foto: El Debate

En este sentido, por mucho que yo entienda que él dejó claro que ese trabajo no debía considerarse parte de su «magisterio pontificio», sigo pensando que es parte esencial de su testimonio de servicio como Papa, es decir, como creyente que reconoce en Jesús al Hijo de Dios, y en cuya fe también se puede seguir apoyando nuestra fe. Así, no puedo considerar casual que el momento de la decisión de renunciar al papado, es decir, el verano de 2012, coincida con el de la conclusión de la trilogía sobre Jesús. Fue el tiempo del cumplimiento de una misión centrada en la fe en Jesucristo.

No cabe duda de que el pontificado de Benedicto XVI se ha caracterizado más por su magisterio que por su acción de gobierno...

«Era muy consciente de que mi punto fuerte -si es que tenía alguno- era el de presentar la fe de una manera adaptada a la cultura de nuestro tiempo». Una fe siempre en diálogo con la razón, una fe razonable; una razón abierta a la fe. El Papa Ratzinger fue justamente respetado por quienes viven atentos a los movimientos del pensamiento y del espíritu y buscan leer los acontecimientos en su significado más profundo y a largo plazo, sin detenerse en la superficie de los acontecimientos y los cambios.

No por nada quedaron en la memoria algunos de sus grandes discursos ante auditorios no solo eclesiales, sino también de representantes de toda la sociedad, en Londres, Berlín... No temía a confrontar ideas y posturas diferentes, miraba con lealtad y clarividencia las grandes cuestiones, el oscurecimiento de la presencia de Dios en el horizonte de la humanidad contemporánea, los interrogantes sobre el futuro de la Iglesia, particularmente en su país y en Europa. Y buscaba afrontar los problemas con lealtad, sin rehuirlos, aunque fueran dramáticos; pero la fe y la inteligencia de la fe siempre le permitieron encontrar una perspectiva de esperanza.

El valor intelectual y cultural de Joseph Ratzinger es demasiado conocido como para que sea necesario repetir sus elogios. Quien supo comprenderlo y valorarlo para la Iglesia Universal fue Juan Pablo II. Durante 24 de los 26 años de pontificado de su predecesor, Ratzinger fue Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Dos personalidades diferentes, pero que fueron -permítanme decirlo- un «ensamble formidable». El vastísimo pontificado del Papa Wojtyla no puede pensarse adecuadamente, doctrinalmente hablando, sin la presencia del Cardenal Ratzinger y la confianza depositada en él, en su teología eclesial, en la amplitud y equilibrio de su pensamiento. Fue un servicio a la unidad de la fe de la Iglesia en las décadas posteriores al Concilio Vaticano II, afrontando tensiones y desafíos de época en el diálogo con el judaísmo, el ecumenismo, el diálogo con otras religiones, la confrontación con el marxismo, en el contexto de la secularización y la transformación de la visión del hombre y la sexualidad.

También logra proponer una síntesis doctrinal tan amplia y armoniosa como la del Catecismo de la Iglesia Católica, acogida por la inmensa mayoría de la comunidad eclesial con un consenso inesperado, para llevar a esta comunidad a cruzar el umbral del tercer milenio sintiéndose portadora de un mensaje de salvación para la humanidad.

En realidad, esa larguísima y extraordinaria colaboración fue la preparación del pontificado de Benedicto XVI, visto por los cardenales como el más idóneo continuador y sucesor de la obra del Papa Wojtyla. Una mirada global al camino que recorrió Joseph Ratzinger no escapa a la continuidad de su hilo conductor y, al mismo tiempo, a la progresiva ampliación del horizonte de su servicio. Es algo que impresiona. La vocación de Joseph Ratzinger es, desde el principio, una vocación sacerdotal, al mismo tiempo al estudio teológico y al servicio litúrgico y pastoral. Progresó en sus distintas etapas, desde el seminario hasta sus primeras experiencias pastorales y la enseñanza universitaria. Luego, su horizonte se amplía primero a la experiencia de la Iglesia Universal con su participación en el Concilio y su relación con los grandes teólogos de la época; después vuelve a la actividad académica del estudio teológico en profundidad, pero siempre en medio del debate y de la experiencia eclesial. Posteriormente, ensancha de nuevo su horizonte en el servicio pastoral de la gran arquidiócesis de Múnich; y pasa definitivamente al servicio de la Iglesia Universal con la llamada a Roma para la dirección de la Doctrina de la Fe. Al final, una nueva llamada lo lleva al gobierno de toda la comunidad eclesial.

Este horizonte se hizo total no solo para el pensamiento, sino también para el servicio sacerdotal y pastoral: servir a toda la comunidad eclesial, guiarla con inteligencia por los caminos de nuestro tiempo, preservar la unidad y la autenticidad de su fe. El lema elegido con ocasión de su ordenación episcopal, «Cooperadores de la verdad» (3 Jn 8), expresa muy bien todo el hilo conductor de la vida y la vocación de Joseph Ratzinger, si se comprende que para él la verdad no era en absoluto un conjunto de conceptos abstractos, sino que se encarnaba en última instancia en la persona de Jesucristo.

El pontificado de Benedicto XVI es y será también comúnmente recordado como un pontificado marcado por tiempos de crisis y dificultades. Esto es cierto y no sería justo pasar por alto este aspecto. Pero hay que verlo y evaluarlo no superficialmente. En cuanto a las críticas y oposiciones internas o externas, él mismo recordó con una sonrisa que varios otros papas habían tenido que afrontar momentos y situaciones mucho más dramáticas. Sin necesidad de remontarse a las persecuciones de los primeros siglos, basta pensar en Pío IX, o en Benedicto XV cuando había condenado la «matanza inútil», o en las situaciones de los papas durante las guerras mundiales. Así que no se consideraba un mártir. Ningún Papa puede imaginarse no encontrarse con críticas, dificultades y tensiones. Esto no quita que, llegado el caso, supiera reaccionar a las críticas con vivacidad y decisión, como ocurrió con la inolvidable Carta escrita a los obispos en 2009, tras el asunto de la remisión de la excomunión a los lefebvristas y el ‘Caso Williamson’, una carta apasionada de

la que su secretario me comentó que expresaba a ‘Ratzinger en estado puro’.

Perolacruz más pesada de su pontificado, cuya gravedad ya había empezado a percibir durante su etapa en la Doctrina de la Fe, y que sigue manifestándose como una prueba y un desafío para la Iglesia de proporciones históricas, es el asunto de los abusos sexuales. Esto fue también causa de críticas y ataques personales contra él hasta sus últimos años, y por tanto también de un profundo sufrimiento. Habiendo estado también muy implicado en estos asuntos durante su pontificado, estoy firmemente convencido de que vio cada vez con mayor claridad la gravedad de los problemas y tuvo un gran mérito al abordarlos con amplitud y profundidad de miras en sus diversas dimensiones: la escucha de las víctimas, el rigor en la búsqueda de la justicia ante los crímenes, la curación de las heridas, el establecimiento de normas y procedimientos adecuados, la formación y la prevención del mal. Este fue solo el inicio de un largo camino, pero en la dirección correcta y con mucha humildad. Benedicto nunca se preocupó por una «imagen» de sí mismo o de la Iglesia que no correspondiera a la verdad. E incluso en este campo ha actuado siempre desde la perspectiva de un hombre de fe. Más allá de las medidas pastorales o jurídicas, necesarias para afrontar el mal en sus manifestaciones, sintió el poder terrible y misterioso del mal y la necesidad de apelar a la gracia para no dejarse aplastar por él en la desesperación y encontrar el camino de curación, de conversión, de penitencia, de purificación, que necesitan las personas, la Iglesia y la sociedad.



Cuando me pidieron que resumiera la historia del pontificado de Benedicto XVI con un episodio, recordé la Vigilia de oración durante la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid en 2011, en la gran explanada del aeropuerto de Cuatro vientos, a la que asistieron cerca de un millón de jóvenes. Era de noche, la oscuridad se hacía más densa cuando el Papa comenzó su discurso. En un momento dado, se desató un auténtico huracán de lluvia y viento. Los sistemas de iluminación y sonido dejaron de funcionar y muchas de las carpas situadas al borde de la explanada se derrumbaron. La situación era realmente dramática. Sus colaboradores pidieron al Papa que saliera y se pusiera bajo techo, pero él no quiso. Permaneció paciente y valientemente sentado en su lugar en el escenario abierto, protegido por un simple paraguas que ondeaba al viento. Toda la inmensa asamblea siguió su ejemplo, con confianza y paciencia. Al cabo de un rato, la tormenta amainó, dejó de llover y se impuso una gran e inesperada calma. Las instalaciones volvieron a funcionar. El Papa terminó su discurso y la maravillosa custodia de la catedral de Toledo fue llevada al centro del escenario para la adoración eucarística. El Papa se arrodilló en silencio ante el Santísimo Sacramento y detrás de él, en la oscuridad, la inmensa asamblea se unió en oración en absoluta calma.

En cierto sentido, esta puede seguir siendo la imagen no solo del pontificado, sino también de la vida de Joseph Ratzinger y de la meta de su camino. Mientras él entra ahora en el silencio definitivo ante el Señor, nosotros también seguimos sintiéndonos detrás de él y con él.

**Presidente de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger – Benedicto XVI*

Lombardi, director de prensa del Vaticano durante el pontificado de Benedicto XVI, ha destacado que fue “un maestro de la inteligencia de la fe en nuestro tiempo” y que gobernó sin “teatralidad ni búsqueda de salvar su propia imagen o la de la propia Iglesia”.

Foto: Rome Reports



Gasbarri: **Benedicto XVI** era el Papa de la dulzura

DURANTE MUCHOS AÑOS FUE EL ORGANIZADOR DE LOS VIAJES PAPALES Y DIRECTOR ADMINISTRATIVO DE RADIO VATICANO, GASBARRI RECUERDA UN RASGO PARTICULAR DEL PAPA EMÉRITO: LA DULZURA. “TUVE EL HONOR DE SERVIRLE”

Alberto Gasbarri - Vatican news

En junio de 1985 comenzaron los preparativos del gran viaje apostólico de San Juan Pablo II a la India. Un viaje que tendría lugar del 31 de enero al 11 de febrero de 1986, visitando nada menos que 15 ciudades. Entre ellas se encontraba la ciudad de Calcuta, donde no podía faltar una visita a la Casa de la Madre Teresa.

Durante los preparativos, la Madre Teresa nos hizo un recorrido por su famosa Casa, fundada para ofrecer cuidados y asistencia a los numerosos enfermos rechazados por los hospitales de la ciudad y abandonados en las calles. A la entrada de la Casa había un gran registro con los nombres de las miles de personas alojadas. Entre las diversas preguntas, le pregunté a la Madre Teresa a cuántas de esas personas había ayudado a sanar, pero su respuesta con la mayor humildad fue: “Nuestra misión fundamental no es curar a los incurables, para eso existen los hospitales. Es acompañar suavemente a las personas a un encuentro con Jesús’.

Tuve el gran honor de servir al Papa Benedicto durante todo su pontificado, y poco después de verle más íntimamente pensé inmediatamente en la dulzura descrita por la Madre Teresa.

La talla teológica, la impronta intelectual y la preparación doctrinal del Papa emérito serán sin duda expuestas y retratadas por quienes están cualificados para evaluar sus aspectos más profundos y detallados. En cambio, mi testimonio tiende a revelar un aspecto quizá menos conocido de su personalidad: la dulzura que se percibía en los encuentros confidenciales con él. Lo que la Madre Teresa llamaba “El Evangelio de la Bondad”. “Sed amables”, era en efecto la admonición de la Madre Teresa, “porque la santidad no es un lujo para unos pocos”. Es un deber sencillo para todos. La bondad es la base de la mayor santidad. Si aprendes el arte de la bondad te parecerás cada vez más a Cristo’.

Para muchos, su figura aparentemente austera y profesoral podía inspirar

distanciamiento y frialdad, pero en su alma el Papa Benedicto estaba lleno de dulzura y la temida severidad de algunos a menudo daba paso a una amabilidad desarmante acompañada frecuentemente de un sutil e ingenioso buen humor.

La noche del 19 de abril de 2005, inmediatamente después de su elección, al salir de la Capilla Sixtina, me anunció que viajaría muy poco porque percibía que no tenía el temperamento de un viajero. Pero poco después se dio cuenta de que el camino iniciado por Pablo VI y continuado con una energía sin igual por Juan Pablo II era ya irreversible. De hecho, en sus casi ocho años de pontificado emprendió 24 viajes internacionales, sometándose a esfuerzos extenuantes. Por desgracia, su avanzada edad y su estado físico mostraban a veces signos de fragilidad que parecían cada vez más incompatibles con la complejidad de algunos viajes especialmente exigentes (por ejemplo, Estados Unidos, Australia, Tierra Santa, México y Cuba).



En abril de 2012, a su regreso de Cuba, el Santo Padre preguntó si habían comenzado los preparativos del viaje al Líbano previsto para septiembre. A la respuesta afirmativa respondió que probablemente sería su último viaje internacional. Francamente, pensé que sólo era un signo temporal de cansancio debido al reciente exceso de compromisos y que más tarde se vería superado por nuevos planes de viaje.

En cambio, ese fue exactamente el último viaje internacional. Pocos días después, cuando estaba a punto de partir hacia Río de Janeiro para preparar la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, prevista para julio de 2013, informé a Su Santidad de que el comité organizador estaba esperando el anuncio oficial del viaje y, por tanto, si se podía confirmar con certeza su presencia en el evento. El Santo Padre respondió tranquilamente, con su amabilidad habitual, pero de un modo inusualmente impersonal: “Di que el Papa estará ciertamente allí con los jóvenes”.



Hay innumerables episodios en los que la dulzura surgía cándidamente de sus ojos. En aras de la brevedad, puedo dar testimonio de un par de ocasiones en las que me resultó difícil contener la emoción.

En septiembre de 2010, el comité organizador de la visita a Gran Bretaña insistió en que el Papa Benedicto celebrara la beatificación del cardenal John Henry Newman en Birmingham. Fui muy firme en resistirme a la petición, ya que el propio Pontífice, al comienzo de su pontificado, había estipulado que las beatificaciones debían ser celebradas en las respectivas diócesis por el ordinario, mientras que las canonizaciones serían celebradas por el Santo Padre en Roma. Cuando presenté mi informe sobre el estado de preparación, el Papa Benedicto, con la mayor delicadeza, me dijo: “Quizá el cardenal Newman merezca una excepción, ¿cree que podríamos concedérsela?”. Obviamente, no necesitaba mi permiso para ello, pero su forma de pedirlo fue de lo más tierna.

En agosto de 2011, durante el encuentro con unos quinientos mil jóvenes en el aeropuerto de Cuatro Vientos de Madrid, con motivo de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, se desató un terrible temporal de viento y lluvia que provocó un largo apagón y graves daños en la estructura del escenario papal con peligro físico para el propio Santo Padre. Se suspendió la iluminación y la difusión sonora en toda la zona. Las autoridades locales de seguridad y prevención estaban muy preocupadas por la situación. Por ello, propusimos al Papa Benedicto que se retirara del escenario para suspender el acto, pero su respuesta, educada pero firme, mientras permanecía sentado en su silla, fue: “Si los jóvenes se quedan aquí, el Papa no puede abandonarlos”. A continuación, esperan a que pase la tormenta y reanudan la reunión, dándola por concluida.

Estoy seguro de que el Papa Benedicto se presentó con toda su dulzura en el encuentro con su amado Jesús, pero estoy igualmente seguro de que muchos echarán ahora de menos el refinamiento de su pensamiento y la exquisita dulzura de su corazón.

Que el mundo sea tu escenario

#SomosGenteUVAQ



Un Papa entre los tiempos

BENEDICTO XVI COMO TEÓLOGO, CARDENAL Y PAPA, HABÍA CONTRIBUIDO POR SU PARTE PARA QUE “LO NUEVO” QUEDARA TODO POR DESCUBRIR

Vatican News

“Yo no pertenezco más al viejo mundo, pero aquel nuevo en realidad aún no ha comenzado”: así hablaba de sí mismo el Papa Emérito, Benedicto XVI. Esta frase se encuentra en el libro “Últimos Discursos”. Un Papa entre los tiempos: así se había definido en aquella ocasión. Para añadir, luego, que sólo en retrospectiva es posible reconocer y evaluar los tiempos y los cambios de los tiempos.

En realidad, es la segunda parte de la frase que llama la atención: “El nuevo mundo en realidad aún no ha comenzado”. Es mérito de Joseph Ratzinger, teólogo, cardenal y Papa, no conformarse jamás con las definiciones que establecen que es lo “nuevo”. A lo largo de su vida buscó, investigó, preguntó; también como Papa, sus discursos y homilias se caracterizaron por esta búsqueda. Precisamente por esta razón generó fuertes enfrentamientos, y también y quizás, sobre todo, dentro de la misma Iglesia.

Una de las últimas homilias del Papa Benedicto XVI expresa este concepto de una manera maravillosa y definida: cuando habla de los Reyes Magos en la búsqueda del rey recién nacido. “Los hombres que entonces partieron hacia lo

desconocido eran, en todo caso, hombres de corazón inquieto. Hombres impulsados por la búsqueda incesante de Dios y de la salvación del mundo. Hombres que esperaban, que no se conformaban con sus rentas seguras y quizás de su alta posición social. Buscaban la realidad más grande. Tal vez eran hombres doctos que tenían un gran conocimiento de los astros y probablemente disponían también de una formación filosófica. Pero no solo querían saber muchas cosas. Querían saber sobre todo lo que es esencial. Querían saber cómo se puede llegar a ser persona humana. Y por esto querían saber si Dios existía, dónde está y cómo es. Si Él se preocupa por nosotros y cómo podemos encontrarlo. No querían solamente saber. Querían reconocer la verdad sobre nosotros, y sobre Dios y el mundo. Su peregrinación exterior era expresión de su estar interiormente en camino, de la peregrinación interior de sus corazones. Eran hombres que buscaban a Dios y, en definitiva, estaban en camino hacia Él. Eran buscadores de Dios”. (Homilía, 6 de enero de 2013, Epifanía del Señor). Estas mismas palabras Joseph Ratzinger habría podido usarlas también para sí mismo.

Tomemos la cuestión del Concilio: su aplicación está lejos de ser completada y sería perjudicial no seguir investigando y, por lo tanto, encontrando.



*El Papa Emérito
Benedicto XVI*
Foto: ANSA

“

Yo no pertenezco más al viejo mundo, pero aquel nuevo en realidad aún no ha comenzado... sólo en retrospectiva es posible reconocer y evaluar los tiempos y los cambios de los tiempos”

BENEDICTO XVI



“Hermenéutica de la reforma”, “hermenéutica de la renovación en la continuidad” la había definido el Papa Benedicto, contraponiéndola a la “hermenéutica de la ruptura”.

Mucho de esto continuará teniéndonos ocupados: su inspiración en este sentido permanecerá con nosotros. Como teólogo, cardenal y Papa, había contribuido por su parte para que “lo nuevo” quedara todo por descubrir. A pesar de todos sus libros, sus discursos y sus contribuciones, siguió siendo un hombre inquieto hasta el final. En la homilía que acabamos de citar, pronunciada con ocasión del final de su pontificado, el Papa Emérito habla de la peregrinación interior de la fe que se expresa sustancialmente en la oración. Una oración que nos aleja de una falsa comodidad y que quiere comunicar la inquietud con respecto a Dios y la inquietud con respecto al prójimo. Hasta el final experimentó esta inquietud en la oración, retirado, pero no por esto menos firme.

Aquella frase sobre el viejo y el nuevo mundo, tomada del libro de los “Discursos”, es profética. Se presenta de manera inocente, como muchas de las cosas dichas por el Papa, sobre todo en sus textos espirituales y en sus homilías. Pero esta frase tiene una dinámica teológica y espiritual. Los tiempos cambian, no se pueden detener: ni reinventando lo “viejo” en versión “nueva” -como gustaría tanto a los tradicionalistas- ni en la invención de uno “nuevo” que no tenga en cuenta la tradición y la evolución.

El Papa emérito demostró que tenía una valoración muy equilibrada de sí mismo, cuando se situó en medio de las dos épocas, pero sin dejarse atar a una o a la otra. El cambio: esto es lo que él ha vivido y esto es en lo que se reconoce. ¿Es por esto que fue un Papa de la transición?

Exactamente por esto, no. Precisamente porque él fue la transición, sus huellas permanecerán más allá de su muerte. Las transiciones son importantes. Joseph Ratzinger representa a aquella Iglesia que, a partir del Concilio, ha emprendido de nuevo el camino. Joseph Ratzinger imprimió su sello a la transición eclesial, pero sobre todo la transición papal. La Iglesia podrá alimentarse durante mucho tiempo todavía de su ejemplo, de sus palabras, de sus escritos. Estaba entre los tiempos, pero se quedará con nosotros.

Doy las gracias a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon para mí un magnífico hogar que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La clara fe de mi padre nos enseñó a nosotros los hijos a creer, y como señal siempre se ha mantenido firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y la gran bondad de mi madre son un legado que nunca podré agradecerle lo suficiente. Mi hermana me ha asistido durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la claridad de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón,

me ha allanado siempre el camino; sin su constante precederme y acompañarme, no habría podido encontrar la senda correcta.

De corazón doy gracias a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores en todas las etapas de mi camino; por los profesores y alumnos que me ha dado. Con gratitud los encomiendo todos a Su bondad. Y quiero dar gracias al Señor por mi hermosa patria en los Prealpes bávaros, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo. Doy las gracias al pueblo de mi patria porque en él he experimentado una y otra vez la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga siendo una tierra de fe y les ruego, queridos compatriotas: no se dejen apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi viaje, pero especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria.

A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡Manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! A menudo parece como si la ciencia -las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (especialmente la exégesis de la Sagrada Escritura), por otro- fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica.

He vivido las transformaciones de las ciencias naturales desde hace mucho tiempo, y he visto cómo, por el contrario, las aparentes certezas contra la fe se han desvanecido, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que sólo parecen ser competencia de la ciencia. Desde hace sesenta años acompaño el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, he visto derrumbarse tesis que parecían inamovibles y resultar meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo.

Por último, pido humildemente: recen por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me reciba en la morada eterna. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.



Benedicto XVI y la esperanza

**RECUERDO A AQUEL PAPA QUE BUSCÓ SERVIR,
CONSCIENTE DE SUS LÍMITES (LO QUE LO HACÍA MÁS GRANDE),
A LA IGLESIA, EN LA FIDELIDAD AL MAESTRO QUE LE PIDIÓ
UN ENORME SACRIFICIO EN EL CÓNCLAVE DE 2005**

Fernando Pascual, LC ZENIT

Quizá uno de los mayores regalos que nos ha dejado Benedicto XVI ha sido su encíclica *Spe salvi* (30 de noviembre de 2007). En ella no solo hablaba el Papa de Roma al Pueblo de Dios, sino también el creyente, el Sacerdote, el filósofo, el teólogo, el contemplativo, que se escondía en la frágil figura de Joseph Ratzinger.

En ese rico y poliédrico documento, encontramos reflexiones sobre la Palabra de Dios y sobre los sacramentos, sobre la vida de los santos y sobre las discusiones de los filósofos, sobre la oración y sobre el sentido de la vida.

Todo se armoniza en un camino que avanzaba, entre secciones densas y otras más asequibles, hacia un objetivo: abrirnos los ojos y el corazón a la «gran esperanza», la que surge del encuentro con Cristo.

Benedicto XVI describía en esa encíclica, con un modo concreto, cómo todos caminamos desde esperanzas «concretas», diarias, que nos permiten avanzar hacia metas que anhelamos alcanzar.

«A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más

pequeñas, diferentes según los periodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida» (*Spe salvi*, n. 30).

Esas esperanzas, sin embargo, no bastan, sobre todo porque tenemos un corazón inquieto, porque tantos obstáculos impiden alcanzar lo que deseamos, y porque la justicia exige una apertura a Alguien que, de verdad, acoja a quienes han sufrido injusticias destructivas.

Solo en Dios podemos llegar a vislumbrar esa gran esperanza. En palabras de la encíclica: «Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto» (*Spe salvi*, n. 31).

*Salvados en la
Esperanza (170)*

Spei Salvi
Benedicto XVI

Editorial:
Ediciones Paulinas

Materia:
*Encíclicas y
documentos*

Páginas: 79





Benedicto vivió en una época de falta de fe cuando la gente se perdía a sí misma y a su esperanza.

Foto: razonmasfe.com

Toda la vida de Benedicto XVI se puede resumir, en cierto modo, como un servicio para ayudar a los hombres de su tiempo, que es el nuestro, a abrirse a la esperanza, a acogerla como un regalo magnífico, a reconocerla presente en el Hijo del Padre que también es Hijo de María.

Así recuerdo a aquel Papa que buscó servir, consciente de sus límites (lo que lo hacía más grande), a la Iglesia, en la fidelidad al Maestro que le pidió un enorme sacrificio en el cónclave de 2005.

Algunos días después de anunciar su renuncia, en su última audiencia general, expresaba su intenso y genuino amor a la Iglesia:

«Aquí se puede tocar con la mano qué es la Iglesia -no una organización, una asociación con fines religiosos o humanitarios, sino un cuerpo vivo, una comunión de hermanos y hermanas en el Cuerpo de Jesucristo, que nos une a todos. Experimentar la Iglesia de este modo, y poder casi llegar a tocar con la mano la fuerza de su verdad y de su amor, es motivo de alegría, en un tiempo en que tantos hablan de su declive. ¡Pero vemos cómo la Iglesia hoy está viva!»

Esta Iglesia viva se nutre de esperanza, como tantas veces nos recordó Benedicto XVI. camina cada día, con la mirada puesta en Jesucristo, al encuentro eterno con el Padre que acoge, lleno de amor, a cada uno de sus hijos.

Ello se intuía en las últimas palabras públicas que pronunciara Papa Ratzinger, desde Castel Gandolfo, el 28 de febrero de 2013, cuando llegaba el momento concreto de su renuncia: «Soy, simplemente, un peregrino que empieza la última etapa de su peregrinación en esta tierra».

Esa etapa llega hoy, último día del año 2022, a su fin; pero no termina la esperanza, que nos consuela tras la muerte del Sucesor de Pedro, con la certeza de que va a ser recibido por el Padre que lo creó simplemente por amor, y que un día, como a Pedro en el Mar de Galilea, le dijo: «Sígueme».

*El P. Fernando Pascual, LC,
es profesor de filosofía en el Ateneo Pontificio
Regina Apostolorum*

Benedicto XVI ha sido “una de esas luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo”, como tan bellamente expresaba en la encíclica Spe Salvi.

Foto: opusdei.org

Benedicto XVI, humilde trabajador de la viña del Señor

EL PRELADO DEL OPUS DEI COLABORÓ CON EL CARDENAL RATZINGER DESDE QUE, EN 1986, FUE NOMBRADO CONSULTOR DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. EN ESTE ARTÍCULO, MONS. FERNANDO OCÁRIZ RECUERDA LA FIGURA DEL DIFUNTO PAPA EMÉRITO

Por: Mons. Fernando Ocáriz - ZENIT Noticias

Con el fallecimiento de Benedicto XVI nos deja un Sacerdote, un teólogo, un Obispo, un Cardenal y un Papa que se veía a sí mismo como «un humilde trabajador de la viña del Señor». Junto al dolor, es natural que demos gracias a Dios por su vida y sus enseñanzas. La última lección del pontífice alemán ha sido la discreción y sobriedad con que ha vivido desde 2013, en actitud de oración.

Desde que le conocí personalmente en 1986, cuando comencé a colaborar como consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, me llamó la atención su disponibilidad para escuchar a todos. Tuve la oportunidad de estar a solas con él en bastantes ocasiones, tanto por asuntos de la Congregación como por otras cuestiones. En esos encuentros nunca era él quien daba por terminada la conversación, o hacía notar que le esperaban otros asuntos. Edificaba percibir la gran consideración que le merecían las opiniones de los demás, aunque en ocasiones fueran distintas a las suyas. Se le podían exponer con toda tranquilidad pareceres contrarios y no se molestaba, a pesar de que vinieran de un interlocutor de menor edad, preparación o experiencia. Lo que realmente le importaba era la verdad; así llevaba grabada en su lema episcopal unas palabras de san Juan: Cooperatores veritatis (3 Juan, v. 8).

Era ejemplar su amor a la Iglesia y al Papa, que iba más allá de lo afectivo. Recuerdo, por ejemplo, cuando Mons. Lefebvre aceptó lo que se le propuso y poco después se echó para atrás. Ante este hecho, al Cardenal Ratzinger le salió del alma exclamar con pena: «¡Cómo no se dan cuenta de que sin el Papa no son nada!».

Su humildad y su amor al Señor le hicieron capaz de responder con un «sí» a lo que el Señor y la Iglesia le pedían. Es conocido que, en varias ocasiones, presentó su renuncia a san Juan Pablo II, para que lo sustituyera por otra persona más joven y con más vitalidad física. Ante la petición del Papa de que siguiera en el cargo, el Cardenal Ratzinger no dudó.

Al poco de ser elegido para la sede de Pedro, contó que cuando falleció San Juan Pablo II pensó que ya podría retirarse a su Alemania natal para dedicarse a la oración y al estudio. Pero el Señor tenía otros planes, y tuvo que escuchar, referidas a sí mismo, las palabras del capítulo 21 del evangelio de san Juan: «Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras».

De la misma manera, supo hacerse a un lado cuando, en la presencia de Dios, vio que ya no podría ejercer de manera adecuada las exigentes responsabilidades que conlleva la misión de sucesor de Pedro. Como todos, recibí la noticia de su renuncia con una mezcla de pena y de cariño hacia este gran sucesor de san Pedro.

En los últimos meses se veía cómo iban disminuyendo sus fuerzas físicas, pero no así su lucidez mental y su serenidad de espíritu, su sencillez y su amabilidad.

Ese saber desaparecer, sirviendo a la Iglesia con su oración silenciosa, ha sido la nota característica de estos últimos años después de su renuncia. He tenido la oportunidad de visitarle en algunas ocasiones en su residencia en los jardines vaticanos: se le notaba interesado por los demás y centrado en la oración. Como él mismo dijo, se sentía un peregrino en camino a la casa del Padre, hacia el abrazo de Cristo, objeto de su amor y de sus largos años de estudio.

En sus casi ocho años de pontificado, Benedicto XVI nos ha dejado un gran patrimonio espiritual y doctrinal, formado por las encíclicas, *Deus caritas est*, *Spe salvi*, *Caritas in veritate*; además de abundantes exhortaciones apostólicas y homilías. Es enormemente rico el magisterio realizado a través de las audiencias de los miércoles, como el referido a la Iglesia, a los Apóstoles y a los Padres de la Iglesia, o el ciclo de audiencias sobre la oración, que constituye un tratado de gran belleza y profundidad sobre el diálogo con Dios.

Toda su vida podría recapitularse en una preciosa frase que pronunció en la misa de inicio de su ministerio petrino: «No hay nada más bello que dejarse alcanzar por el Evangelio, por Cristo». Para él, la felicidad «tiene un nombre, tiene un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía».

Benedicto XVI condujo la barca de la Iglesia por el mar de la historia con los ojos puestos en Jesucristo, en los «días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante y momentos en los que las aguas se agitaban, el viento era contrario, y el Señor parecía dormir». Pero sabía que la barca era de Cristo.

Benedicto XVI ha sido «una de esas luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo orientación para nuestras vidas», como tan bellamente expresaba en la encíclica *Spe Salvi*.

Su trabajo en la viña de la Iglesia le habrá hecho merecedor de las amorosas palabras de Cristo: «Ven, siervo bueno y fiel, entra en la casa de tu Señor».



La duración del pontificado de Benedicto XVI (**8 años**) está en el promedio de los papados. El récord de mayor duración lo tiene Papa Pío IX, con **31 años**, 7 meses y 23 días (1846-1878). El de menor, el Papa Urbano VII quien estuvo sólo **13 días** al frente de la Iglesia (1590).

www.romereports.com





La verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad, pilares de las relaciones entre individuos y las comunidades políticas: Papa Francisco

A continuación, ofrecemos fragmentos del tradicional discurso que el Papa Francisco dio al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, con motivo del año nuevo.

Eminencia, Excelencias, señoras y señores:

Les agradezco su presencia en nuestra tradicional cita, que este año desea ser una invocación por la paz en un mundo que ve cómo crecen las divisiones y las guerras.

Agradezco particularmente al Decano del Cuerpo Diplomático, Su Excelencia el señor Georges Poulides, los buenos deseos que me ha dirigido en nombre de todos ustedes. Mi saludo se extiende a cada uno, a sus familias, a los colaboradores y a los pueblos y los gobiernos de los países que representan.



También deseo expresarles —a todos ustedes y a sus autoridades— mi gratitud por los mensajes de condolencia que han enviado con ocasión de la muerte del Papa emérito Benedicto XVI y por la cercanía manifestada durante las exequias.

Acabamos de concluir el tiempo de Navidad, en el que los cristianos hacen memoria del misterio del nacimiento del Hijo de Dios. El profeta Isaías lo había preanunciado con estas palabras: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: «“Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz”» (Is 9,5).

Vuestra presencia afirma el valor de la paz y de la fraternidad humana, que el diálogo contribuye a construir. Por lo demás, la tarea de la diplomacia es precisamente la de allanar las divergencias para favorecer un clima de colaboración y confianza recíprocas para la satisfacción de las necesidades comunes. Se puede decir que esta es un ejercicio de humildad porque requiere sacrificar un poco de amor propio para entrar en relación con el otro, para comprender sus razones y puntos de vista, contraponiéndose así al orgullo y a la soberbia humana, causa de toda voluntad beligerante

En esta sede, me gustaría recordar también que, en el contexto del diálogo respetuoso y constructivo, la Santa Sede y la República Popular China han acordado prorrogar por otro bienio la validez del Acuerdo Provisional sobre el nombramiento de los Obispos, estipulado en Pekín en 2018.

El Santo Padre recibe al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede y les recuerda los dramas actuales: guerras y conflictos armados, cambio climático, falta de derechos, sobre todo para las mujeres y sed de solidaridad y justicia.

Fotos: Vaticano

Espero que esta relación de colaboración pueda desarrollarse en favor de la vida de la Iglesia católica y del bien del Pueblo chino.

Al mismo tiempo, les renuevo la certeza de la plena colaboración de la Secretaría de Estado y de los Dicasterios de la Curia Romana, la cual, con la promulgación de la nueva Constitución apostólica *Prædicare Evangelium*, ha sido reformada en algunas estructuras para un mejor desempeño, «con espíritu evangélico, trabajando por el bien y al servicio de la comunión, la unidad y la edificación de la Iglesia universal, y atendiendo a las exigencias del mundo en el que la Iglesia está llamada a cumplir su misión» [1].

Estimados embajadores:

Este año celebramos el sesenta aniversario de la Encíclica *Pacem in terris* de San Juan XXIII, publicada poco menos de dos meses antes de su muerte [2].

En los ojos del «Papa bueno» todavía estaba viva la amenaza de una guerra nuclear, provocada en octubre de 1962 por la así llamada crisis de los misiles de Cuba. La humanidad estaba a un paso de su propia extinción, si no hubiesen sido capaces de hacer prevalecer el diálogo, conscientes de los efectos destructivos de las armas atómicas.

Lamentablemente, la amenaza nuclear es evocada todavía hoy, arrojando al mundo en el miedo y la angustia. Debo reiterar en esta sede que la posesión de armas atómicas es inmoral porque —como observaba Juan XXIII— «si bien parece difícilmente creíble que haya hombres con suficiente osadía para tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y de la asoladora destrucción que acarrearía una guerra, resulta innegable, en cambio, que un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio bélico» [3]. Bajo la amenaza de las armas nucleares perdemos todos, ¡todos!

Hoy está en curso la tercera guerra mundial de un mundo globalizado, en el que los conflictos parecen afectar directamente sólo a algunas áreas del planeta, pero que implican sustancialmente a todos. El ejemplo más cercano y reciente es precisamente la guerra en Ucrania, con su reguero de muerte y destrucción; con los ataques a las infraestructuras civiles que llevan a las personas a perder la vida no sólo a causa de las bombas y de la violencia, sino también del hambre y el frío. A este respecto, la Constitución conciliar *Gaudium et spes* afirma que «toda acción bélica que tienda indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones» (n. 80). No debemos olvidar, además, que la guerra golpea particularmente a las personas más frágiles —los niños, los ancianos, las personas discapacitadas— y lastima indeleblemente a las familias. Renuevo hoy mi llamado para que cese inmediatamente este conflicto insensato, cuyos efectos afectan a regiones enteras, incluso fuera de Europa, a causa de las repercusiones que esto tiene en el campo energético y en el ámbito de la producción de alimentos, sobre todo en África y en Oriente Medio.





Todos los conflictos ponen siempre de relieve las consecuencias letales de un continuo recurso a la producción de nuevos y cada vez más sofisticados armamentos, a veces justificada por la razón de que actualmente la paz «no puede garantizarse si no se apoya en una paridad de armamentos» [4]. Es preciso romper esa lógica y proceder por el camino de un desarme integral, porque ninguna paz es posible allí donde proliferan instrumentos de muerte.

Queridos embajadores:

En un tiempo de tanto conflicto, no podemos eludir la pregunta sobre cómo se puedan restaurar los hilos de la paz. ¿Por dónde comenzar?

Para esbozar una respuesta, quisiera retomar con ustedes algunos elementos de la *Pacem in terris*, un texto extremadamente actual incluso habiendo cambiado gran parte del contexto internacional. Para San Juan XXIII, la paz es posible a la luz de cuatro

bienes fundamentales: la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad. Estos son los pilares que regulan las relaciones tanto entre los individuos como entre las comunidades políticas [5].

Estas dimensiones se entrelazan dentro del principio fundamental «de que todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanen inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables» [6].

1º Paz en la verdad

Construir la paz en la verdad significa en primer lugar respetar a la persona humana, con su «derecho a la existencia, a la integridad corporal» [7], y garantizarle «la posibilidad de buscar la verdad libremente y [...] manifestar y difundir sus opiniones» [8]. Esto exige «que en todo el mundo



se cree un ambiente dentro del cual no sólo los poderes públicos de cada nación, sino también los individuos y los grupos intermedios, puedan con mayor seguridad realizar sus funciones, cumplir sus deberes y defender sus derechos» [9].

A pesar de los compromisos asumidos por todos los estados de respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales de cada persona, todavía hoy, en muchos países, las mujeres son consideradas como ciudadanos de segunda clase. Son objeto de violencia y de abusos, y se les niega la posibilidad de estudiar, de trabajar, de expresar sus propias capacidades, el acceso a los cuidados médicos e incluso a la comida. Sin embargo, allí donde los derechos humanos son plenamente reconocidos para todos, las mujeres pueden ofrecer una contribución propia e insustituible a la vida social y ser las primeras aliadas de la paz.

La paz exige que ante todo se defienda la vida, un bien que hoy es puesto en peligro no sólo por los conflictos, el hambre y las enfermedades, sino demasiadas veces incluso desde el seno materno, afirmando un presunto «derecho al aborto». Nadie puede arrogarse el derecho sobre la vida de otro ser humano, especialmente si este está desprotegido y por tanto privado de cualquier posibilidad de defensa. Hago, por tanto, un llamado a las conciencias de los hombres y las mujeres de buena voluntad, particularmente de cuantos tienen responsabilidades políticas, para que trabajen por tutelar los derechos de los más débiles y se erradique la cultura del descarte, que lamentablemente incluye también a los enfermos, las personas discapacitadas y los ancianos. Los estados tienen la enorme responsabilidad de garantizar la asistencia a los ciudadanos en cada una de las etapas de la vida humana hasta la muerte natural, de modo que cada uno se sienta acompañado y cuidado también en los momentos más delicados de su propia existencia.



El derecho a la vida también está amenazado allí donde se sigue practicando la pena de muerte, como está ocurriendo estos días en Irán, después de las recientes manifestaciones que piden un mayor respeto por la dignidad de las mujeres. La pena de muerte no puede ser utilizada para una presunta justicia de estado, puesto que esta no constituye un disuasivo, ni ofrece justicia a las víctimas, sino que alimenta solamente la sed de venganza. Hago, por tanto, un llamado para que la pena de muerte, que es siempre inadmisibles pues atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona, sea abolida de las legislaciones de todos los países del mundo. No podemos olvidar que, hasta el último momento, una persona puede convertirse y puede cambiar.

Lamentablemente, parece surgir cada vez más un «miedo» a la vida, que en muchos lugares se traduce como temor al futuro y dificultades para formar una familia o tener hijos. En algunos contextos —pienso por ejemplo en Italia— tiene lugar un peligroso descenso

de la natalidad, un verdadero invierno demográfico, que pone en peligro el futuro mismo de la sociedad. Al querido pueblo italiano, deseo renovar mi aliento para afrontar con tenacidad y esperanza los desafíos del tiempo presente, seguro de sus propias raíces religiosas y culturales.

Los miedos, que se alimentan de la ignorancia y los prejuicios, degeneran fácilmente en conflictos. Su antídoto es la educación. La Santa Sede promueve una visión integral de la educación, en la que «la cultura religiosa y la formación del sentido moral vayan a la par con el conocimiento científico y con el incesante progreso de la técnica» [10]. Educar exige siempre el respeto integral por la persona y por su fisonomía natural, evitando imponer una nueva y confusa visión del ser humano. Esto implica integrar los itinerarios de crecimiento humano, espiritual, intelectual y profesional, permitiendo a la persona liberarse de múltiples formas de esclavitud y afirmarse en la sociedad de modo libre y responsable.



En este sentido, es inaceptable que una parte de la población pueda ser excluida de la educación, como está ocurriendo con las mujeres afganas.

La educación se encuentra a merced de una crisis agudizada por las devastadoras consecuencias de la pandemia y el preocupante escenario geopolítico. En este sentido, la Cumbre sobre la transformación de la educación, convocada por el Secretario General de las Naciones Unidas, que se llevó a cabo el pasado mes de septiembre en Nueva York, representó para los gobiernos una oportunidad única para adoptar políticas valientes, dirigidas a afrontar la «catástrofe educativa» actual y tomar decisiones concretas, a fin de alcanzar una educación de calidad y para todos antes del 2030. ¡Que los estados tengan la valentía de invertir la vergonzosa y asimétrica proporción entre el gasto público reservado a la educación y los fondos destinados a los armamentos!

La paz también exige que se reconozca universalmente la libertad religiosa. Es preocupante que haya personas perseguidas sólo porque profesan públicamente su fe y que en muchos países la libertad religiosa esté limitada. Aproximadamente un tercio de la población mundial vive en esta condición. Junto a la falta de libertad religiosa está también la persecución por motivos religiosos. No puedo dejar de mencionar, como demuestran algunas estadísticas, que uno de cada siete cristianos es perseguido. A este respecto, manifiesto mi deseo de que el nuevo Enviado Especial de la Unión Europea para la promoción de la libertad de religión o creencias fuera de la Unión Europea pueda disponer de los recursos y medios necesarios para llevar adelante adecuadamente su propio mandato.

Al mismo tiempo, es importante recordar que la violencia y las discriminaciones contra los cristianos también aumentan en países donde estos no son una minoría. La libertad religiosa también está amenazada allí donde los creyentes ven reducida la posibilidad de expresar sus propias convicciones en el ámbito de la vida social, en nombre de una mala interpretación de la inclusión.

La libertad religiosa, que no puede reducirse a la mera libertad de culto, es uno de los requisitos mínimos necesarios para vivir de manera digna y los gobiernos tienen el deber de protegerla y de garantizar a cada persona, de forma compatible con el bien común, la oportunidad de actuar según la propia conciencia también en el ámbito de la vida pública y en el ejercicio de la propia profesión

La religión es una oportunidad efectiva de diálogo y de encuentro entre pueblos y culturas diversas, como testimonia la decisión del Parlamento de Timor Oriental que aprobó por unanimidad el Documento sobre la Fraternidad Humana que firmé con el Gran Imán de Al-Azhar en el año 2019, incluyéndolo en los programas de las instituciones educativas y culturales nacionales, y como pude experimentar personalmente en el viaje que hice a Kazajistán, el pasado mes de septiembre, con ocasión del VII Congreso de Líderes de Religiones Mundiales, con quienes compartí algunas preocupaciones de nuestro tiempo y experimenté cómo las religiones «no son un problema, sino parte de la solución para una convivencia más armoniosa» [11]. Igualmente significativa fue también la visita a Baréin, donde se pudo dar un nuevo paso entre creyentes cristianos y musulmanes.

Con frecuencia, se quieren atribuir a la religión los diversos conflictos que acompañan a la humanidad y a veces no faltan, efectivamente, los deplorables intentos por hacer un uso instrumental de la religión con finalidades meramente políticas. Sin embargo, esto es contrario a la perspectiva cristiana, que pone de manifiesto que la raíz de todo conflicto es el desequilibrio del corazón humano: «Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones» (Mc 7,21), como nos recuerda el Evangelio. El cristianismo exhorta a la paz, porque exhorta a la conversión y al ejercicio de la virtud.

Construir la paz exige que se busque la justicia. La crisis de 1962 terminó gracias a la contribución de hombres de buena voluntad que supieron encontrar soluciones adecuadas para evitar que la tensión política degenerase en una auténtica guerra. Esto también fue posible gracias a la convicción de que las disputas podían resolverse en el ámbito del derecho internacional y por medio de esas organizaciones, principalmente las Naciones Unidas, surgidas después de la Segunda Guerra Mundial, que desarrollaron la diplomacia multilateral. San Juan XXIII recordó que: «el objetivo fundamental que se confió a la Organización de las Naciones Unidas es asegurar y consolidar la paz internacional, favorecer y desarrollar las relaciones de amistad entre los pueblos, basadas en los principios de igualdad, mutuo respeto y múltiple colaboración en todos los sectores de la actividad humana» [12].



El actual conflicto en Ucrania hizo más evidente la crisis que desde hace tiempo afecta al sistema multilateral, que necesita un replanteamiento profundo para poder responder adecuadamente a los desafíos de nuestro tiempo. Esto exige una reforma de los organismos que hacen posible su funcionamiento, para que sean realmente representativos de las necesidades y de las sensibilidades de todos los pueblos, evitando mecanismos que den mayor peso a algunos, en detrimento de otros. Por consiguiente, no se trata de construir bloques de alianzas, sino de crear oportunidades para que todos puedan dialogar.

Se puede hacer mucho bien juntos, basta con pensar en las loables iniciativas destinadas a reducir la pobreza, ayudar a los migrantes, contrarrestar el cambio climático, favorecer el desarme nuclear y ofrecer ayuda humanitaria. Sin embargo, en tiempos recientes, los diversos foros internacionales se caracterizaron por crecientes polarizaciones e intentos para

que se imponga un pensamiento único, lo que impide el diálogo y margina a aquellos que piensan distinto. Existe el riesgo de una deriva, que asume cada vez más el rostro de un totalitarismo ideológico, que promueve la intolerancia respecto al que no adhiere a supuestas posiciones de «progreso», que en realidad parecen conducir más bien a un retroceso general de la humanidad, al violar la libertad de pensamiento y de conciencia.

Asimismo, se emplean cada vez más recursos para imponer, especialmente en relación a los países más pobres, formas de colonización ideológica, creando, por otra parte, un nexo directo entre la concesión de ayudas económicas y la aceptación de tales ideologías. Eso ha agotado el debate interno de las Organizaciones internacionales, impidiendo intercambios fructuosos y propiciando a menudo la tentación de afrontar las cuestiones de manera autónoma y, en consecuencia, sobre la base de relaciones de fuerza.



Por otra parte, durante mi viaje a Canadá, el pasado mes de julio, pude palpar las consecuencias de la colonización, encontrándome de un modo especial con las poblaciones indígenas, que sufrieron por las políticas de asimilación del pasado. Allí donde se busca imponer a otras culturas formas de pensamiento que no les pertenecen, se abre el camino a duros enfrentamientos y, a veces, también a la violencia.

Es necesario volver al diálogo, a la escucha mutua y a la negociación, favoreciendo las responsabilidades compartidas y la cooperación en la búsqueda del bien común, bajo el signo de esa solidaridad que «surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común» [13]. Las exclusiones y los vetos recíprocos no llevan más que a alimentar mayores divisiones.

3° Paz en la solidaridad

En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, puse en evidencia cómo la pandemia de covid-19 deja en herencia «la conciencia de que todos nos necesitamos» [14]. Los caminos de la paz son caminos de solidaridad, porque nadie puede salvarse solo. Vivimos en un mundo tan interconectado que el actuar de cada uno termina por repercutir en todos.

En esta sede, quisiera subrayar tres ámbitos, en los que emerge con particular fuerza la interconexión que une hoy a la humanidad y por los que es especialmente urgente una mayor solidaridad.

El primero es el de las migraciones, que afecta a regiones enteras de la tierra. Muchas veces se trata de personas que huyen de guerras y persecuciones, afrontando peligros inmensos. Por otra parte, «ha de respetarse íntegramente también el derecho de cada hombre a conservar o cambiar su residencia [...], de emigrar a otros países y fijar allí su domicilio» [15] y debe tener la posibilidad de regresar a su propia tierra de origen.

La migración es una cuestión en la que no es admisible «proceder de forma desorganizada». Para comprenderlo, es suficiente mirar el Mediterráneo, convertido en una gran tumba. Esas vidas truncadas son el emblema del naufragio de nuestra civilización, como tuve ocasión de recordar durante mi viaje a Malta la primavera pasada. En Europa, es urgente reforzar el marco normativo, por medio de la aprobación del Nuevo Pacto sobre Migración y Asilo, para que se puedan implementar políticas adecuadas que acojan, acompañen, promuevan e integren a los migrantes. Al mismo tiempo, la solidaridad exige que las necesarias operaciones de asistencia y cuidado de los náufragos no pesen totalmente sobre las poblaciones de los principales puntos de llegada.

El segundo ámbito abarca la economía y el trabajo. Las crisis que se sucedieron en los últimos años han puesto en evidencia los límites de un sistema económico que tiende más a crear beneficios para unos pocos que oportunidades de bienestar para muchos; una economía que tiende mayormente al dinero que a la producción de bienes útiles. Esto ha generado empresas más frágiles y

mercados de trabajo altamente injustos. Es necesario dar dignidad a la empresa y al trabajo, combatiendo toda forma de explotación que termina por tratar a los trabajadores del mismo modo que una mercancía, puesto que «sin trabajo digno y bien remunerado los jóvenes no se convierten verdaderamente en adultos, [y] las desigualdades aumentan» [16].

El tercer ámbito es el cuidado de nuestra casa común. De forma continua se presentan ante nosotros los efectos del cambio climático y las graves consecuencias que esto tiene en la vida de poblaciones enteras, sea por las devastaciones que a veces producen, como sucedió en Pakistán en las áreas afectadas por las inundaciones, donde los focos de enfermedades transmitidas por el agua estancada siguen aumentando; sea en amplias zonas del océano Pacífico, donde el calentamiento global provoca daños innumerables en la pesca, fundamento de la vida cotidiana de pueblos enteros; sea en Somalia y en todo el Cuerno de África, donde la sequía está causando una grave carestía; sea en los Estados Unidos, donde en los últimos días las repentinas e intensas heladas han provocado numerosos muertos.

El verano pasado, la Santa Sede decidió acceder a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, intentando dar su apoyo moral a los esfuerzos de todos los estados por cooperar, conforme a sus responsabilidades y respectivas capacidades, con una respuesta eficaz y adecuada a los desafíos impuestos por el cambio climático.

Se espera que los pasos que ha dado la COP27, con la adopción del Sharm el-Sheikh Implementation Plan, aunque limitados, puedan aumentar la toma de conciencia de toda la humanidad hacia una cuestión urgente que ya no puede ser evadida. Objetivos alentadores fueron acordados, sin embargo, durante la reciente Conferencia de las Naciones Unidas sobre Biodiversidad (COP15), que se realizó en Montreal el mes pasado.

4° Paz en la libertad

Por último, construir la paz exige que no haya lugar para «la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de otras naciones, cualesquiera que sean su extensión territorial y su capacidad defensiva» [17]. Esto es posible si en cada comunidad no prevalece la cultura del abuso y la agresión, que lleva a mirar al prójimo como a un enemigo al que combatir más que a un hermano al que acoger y abrazar [18].

Es preocupante el debilitamiento, en muchas partes del mundo, de la democracia y de la posibilidad de libertad que esta consiente, aun con todos los límites de un sistema humano. Esto muchas veces lo pagan las mujeres y las minorías étnicas, así como los equilibrios de sociedades enteras donde el malestar conduce a tensiones sociales e incluso a conflictos armados.

En muchas zonas, un signo de debilitamiento de la democracia está marcado por las crecientes polarizaciones políticas y sociales, que no ayudan a resolver los problemas urgentes de los ciudadanos. Pienso en las numerosas crisis políticas en diversos países del continente americano, con su carga de tensiones y formas de violencia que agudizan los conflictos sociales. Pienso especialmente en lo que sucedió recientemente en Perú y, en estas últimas horas, en Brasil, y en la preocupante situación en Haití, donde finalmente se están dando algunos pasos para afrontar la crisis política que existe desde hace tiempo. Siempre es necesario superar las lógicas sesgadas y esforzarse por la edificación del bien común.

Además, sigo con atención la situación en el Líbano, donde todavía se aguarda la elección del nuevo Presidente de la República, y espero que todos los actores políticos se comprometan para que el país pueda recuperarse de la dramática situación económica y social en la que se encuentra.

Excelencias, señoras y señores:

Sería hermoso que alguna vez pudiéramos encontrarnos solamente para agradecer al Señor omnipotente por los beneficios que siempre nos concede, sin vernos obligados a enumerar las situaciones dramáticas que afligen a la humanidad. Como decía Juan XXIII: «Cabe esperar que los pueblos, por medio de relaciones y contactos institucionalizados, lleguen a conocer mejor los vínculos sociales con que la naturaleza humana los une entre sí y a comprender con claridad creciente que entre los principales deberes de la común naturaleza humana hay que colocar

el de que las relaciones individuales e internacionales obedezcan al amor y no al temor, porque ante todo es propio del amor llevar a los hombres a una sincera y múltiple colaboración material y espiritual, de la que tantos bienes pueden derivarse para ellos» [19]. Con estos anhelos, renuevo, a ustedes y a los países que representan, mis mejores deseos para el año nuevo. Gracias.

[1] *Const. ap. Prædicate Evangelium* (19 marzo 2022), art. 1.

[2] *El 11 de abril de 1963. Cf. AAS 55* (1963), 257-304.

[3] *Carta enc. Pacem in terris*, 111.

[4] *Ibíd.*, 110.

[5] *Cf. ibíd.*, 80.

[6] *Ibíd.*, 9.

[7] *Ibíd.*, 11.

[8] *Ibíd.*, 11.

[9] *Ibíd.*, 141.

[10] *Ibíd.*, 80.

[11] *Discurso en la Sesión Plenaria del VII Congreso de Líderes de Religiones Mundiales y Tradicionales, Nursultán (ahora Astaná), 14 septiembre 2022.*

[12] *Carta enc. Pacem in terris*, 142.

[13] *Carta enc. Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 115.

[14] *Mensaje para la LVI Jornada Mundial de la Paz* (8 diciembre 2022), 3.

[15] *Carta enc. Pacem in terris*, 25.

[16] *Discurso a los participantes en el encuentro «Economy of Francesco», Asís, 24 septiembre 2022.*

[17] *Carta enc. Pacem in terris*, 124. *Cf. Pío XII, Radiomensaje navideño, 24 diciembre 1941.*

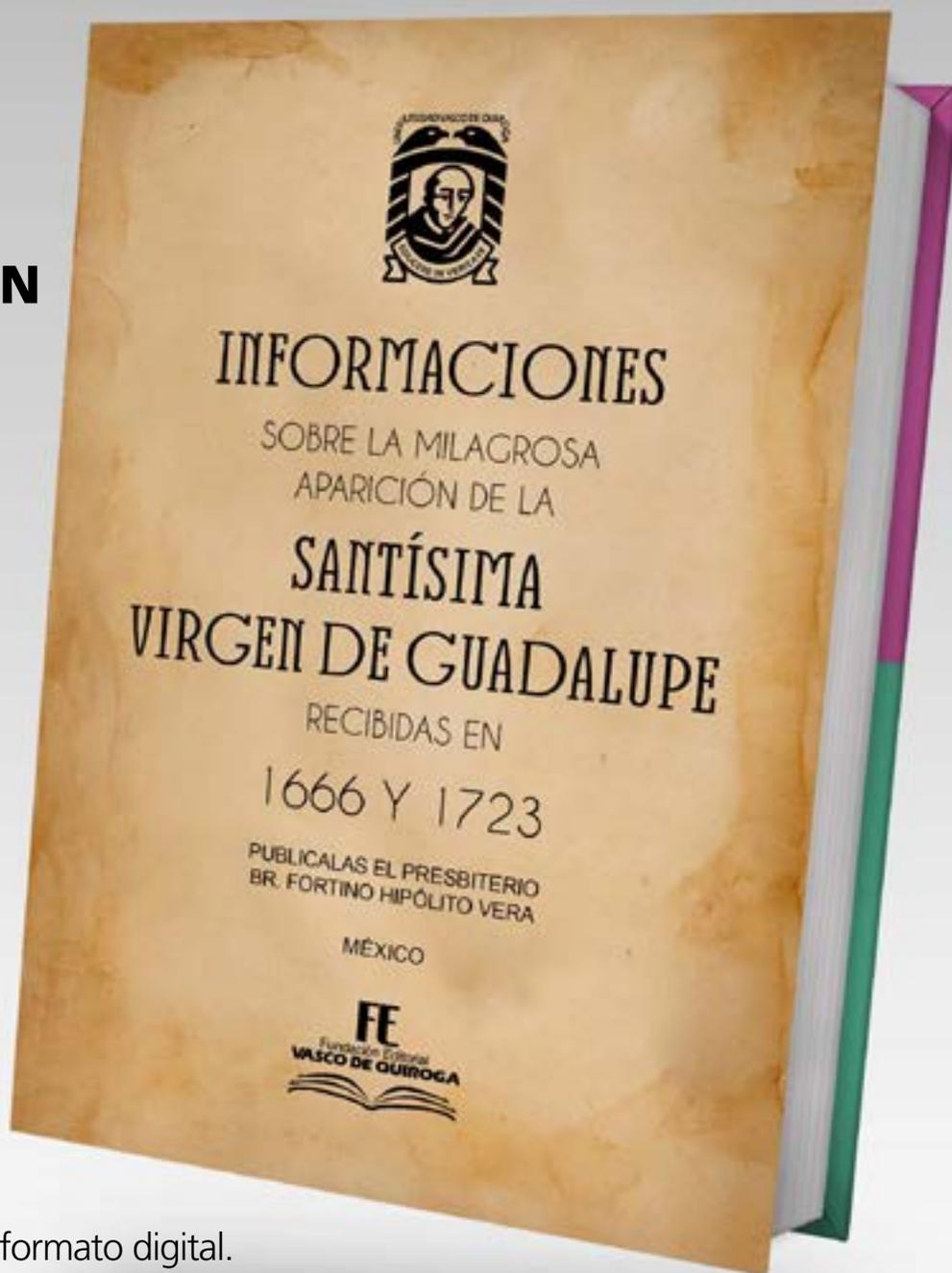
[18] *Cf. Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 22 marzo 2013.*

[19] *Carta enc. Pacem in terris*, 129.



PRIMEROS TESTIMONIOS HISTÓRICOS DE LA APARICIÓN DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

La Fundación Editorial Vasco de Quiroga presenta su nuevo libro llamado: "Informaciones sobre la milagrosa aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe", una reedición de la obra publicada por el Padre Fortino Hipólito Vera; se respeta la historia y originalidad del texto, pero se agrega la actualidad y claridad necesaria en estos días. Le invitamos a leerlo.



Busque el libro impreso o en formato digital.
En la UVAQ Campus Santa María.
(Morelia, Michoacán; México).
O adquiera la versión que prefiera
a través de **amazon**